



# SUJODOL

*IVAN BUNIN*

En "Los premios Nobel de Literatura, II";

Ed. José Janés, Barcelona, 1955

## CAPITULO I

NUNCA pudimos comprender el cariño de Natalia a la aldea de Sujodol.

Natalia era hermana de leche de nuestro padre, y juntos se criaron y crecieron. Posteriormente vivió con nosotros en nuestra casa de Lunevo, considerada más bien como parienta que como criada o sierva liberta. Según ella misma solía decir en aquel tiempo, descansaba de Sujodol y de todo lo que allí había sufrido.

Pero "por mucho que cuides al lobo, no pierdes de vista el bosque". Este es un refrán que encierra una gran verdad; así, Natalia, cuando todos estuvimos criados, volvió otra vez a Sujodol.

Aún recuerdo algunos fragmentos de nuestras infantiles conversaciones con ella.

— ¿Tú eres huérfana, Natalia?

— Sí, soy huérfana, igual que mis señores. Vuestra abuela Anna Grigorievna, los mismo que mis padres, cruzó muy joven sus blancas manitas en el ataúd.

— ¿Y por qué se han muerto?

— Pues porque llegó la muerte.

— Pero ¿por qué tan jóvenes?

— Así lo mandó Dios. A mi padre los señores le hicieron ir al servicio militar a causa de algunas faltas que cometió <sup>1</sup>, y mi madre

---

<sup>1</sup> Por boca de una vieja criada de una casa señorial se relata el hundimiento de una familia en la aldea de Sujodol (Rusia). Narra actos de `despotismo rural, nobles en cuya raza podrida se infiltra la locura y la impotencia, criados insolentes que dominan a sus propios amos`.

perdió la vida por los pavipollos de sus amos; yo ya no me acuerdo de esto; pero se lo he oído contar a la servidumbre. Mi madre estaba encargada de cuidar las aves, entre las que había un sinnúmero de pavos pequeños; un día cayó una fuerte granizada y los mató a todos... Mi madre llegó corriendo al campo, y .al ver que todos estaban muertos entregó en el acto el alma a Dios.

—¿Y por qué no te has casado?

—Porque aún no ha crecido mi novio.

—No, no, ¡sin bromas!

—Dicen que su señora tía me lo impidió, y por eso me he quedado *señorita*.

—¿Pero qué señorita eres tú?

—Ya lo creo que soy señorita —contestaba Natalia con una fina sonrisa, que arrugaba sus labios, los cuales secaba con su mano vieja y renegrida—. Soy hermana de leche de vuestro padre, Arcadio Petrovich, es decir, tía vuestra...

A medida que crecíamos escuchábamos con mayor interés lo que en nuestra casa se hablaba de Sujodol; cada vez se nos hacía más comprensible lo que antes era enigmático; cada vez se dibujaban con mas precisión las extrañas particularidades de la vida en aquella aldea.

No comprendíamos cómo Natalia, que había vivido la mitad de su existencia la misma vida que nuestro padre, fuese una verdadera parienta nuestra —¡parienta de los nobles señores de Iruschov!—y que, sin embargo, estos mismos señores hubieran obligado a su padre a sentar plaza de soldado y hubieran inspirado tal terror a su madre que se le rompiera el corazón a la vista de los pavos muertos.

—Y realmente —decía Natalia—, ¿cómo no morirse al ver tal desgracia? Los señores la hubieran desterrado a algún pueblo lejano.

Más tarde supimos de Sujodol cosas aún más extrañas. Supimos que en toda la tierra no había señores más buenos y sencillos que los de Sujodol, pero que tampoco los había más irascibles y violentos; supimos que nuestra casa solariega era oscura y sombría y que en ella había sido asesinado nuestro loco abuelo Pedro Kirilovich por su propio hijo bastardo Gervasko, muy amigo de mi padre y primo de Natalia; supimos que, a consecuencia de un amor desgraciado, se había vuelto loca nuestra tía Tonia, la cual vivía ahora en una cabaña vieja cerca de la arruinada casa señorial, y con gran entusiasmo tocaba danzas escocesas en un clavicordio retumbante por su extrema vejez; supimos que también Natalia aún niña, se había enamorado locamente de nuestro difunto tío Pedro Petrovich; pero éste la desterró a la granja "Sochky"...

Nuestros sueños apasionados eran comprensibles; para nosotros Sujodol era un poético movimiento del pasado. Pero ¿y para Natalia? Ella misma, como contestando a algún pensamiento suyo dijo un día con amargura:

— En Sujodol solían sentarse todos a la mesa con las *tatarki* sobre las rodillas. ¡Sólo recordarlo me da horror!

— ¡Cómo con las *tatarki*? Será con los *arapuik* <sup>2</sup>.

— Lo mismo da —dijo ella.

— ¿Y para qué?

— Para en caso de que hubiera disputas.

— ¿Pero es que en Sujodol reñían mucho?

— ¡Dios nos guarde! No pasaba un día sin que hubiese una batalla. Eran todos inflamables como la pólvora.

---

Arapuik es un látigo que usaban para la caza, y que las señoras de Sujodol hacían restallar para imponer silencio en las frecuentes disputas que surgían durante la comida. La palabra viene del árabe; de aquí la confusión con *tatarki*, que significa la mujer del tártaro.<sup>2</sup>

Nosotros nos quedábamos pasmados al oírla y nos mirábamos entusiasmados.

Durante muchos años nos representábamos con la imaginación la enorme posesión de Sujodol, el espacioso jardín, la casa solariega con sus muros hechos de troncos de roble bajo un gran techado de paja ennegrecido por el tiempo; nos imaginábamos el cuadro de la comida en la sala de la casa: todos sentados a la mesa, comiendo y tirando los huesos a los perros de caza, mirándose de soslayo y teniendo cada uno un *arapuik* sobre las rodillas; soñábamos con el día en que también nosotros seríamos grandes y comeríamos con los *arapuik* sobre las piernas. Comprendíamos que aquellos *arapuik* no eran un recuerdo alegre para Natalia; pero a pesar de todo se marchó de Lunevo a Sujodol, al manantial de sus penosos recuerdos. Natalia no tenía allí choza propia ni parientes; hacía tiempo que no servía a su antigua dueña, nuestra tía Tonia, sino a la viuda de Pedro Petrovich; pero para Natalia era una necesidad vivir precisamente en aquella casa.

—¡Qué le vamos a hacer! Es la costumbre —decía modestamente—. Cada pájaro tiene su nido.

No era sólo Natalia la que sufría por un cariño profundo y fuerte a Sujodol, sino que todos nuestros criados eran igualmente apasionados y partidarios calurosos de la aldea. De tía Tonia y de mi padre no hay que hablar; tía Tonia vivía padeciendo miseria en una cabaña; Sujodol le había privado de la razón y borrado de su rostro los rasgos de inteligencia; pero a pesar de todos los razonamientos de mi padre ni siquiera admitía la posibilidad de abandonar el nido natal y establecerse en Lunevo. Cuando se hablaba de esto decía:

—Prefiero estar aquí, aunque tenga que ir a arrancar piedra a la montaña.

Mi padre era hombre que parecía no tener preferencias; pero cuando hablaba de Sujodol se notaba en sus palabras una profunda tristeza. Hacía ya muchísimo tiempo que había vuelto a vivir a Lunevo, a una casa propiedad de nuestra abuela Olga Kirilovna.

pero se lamentaba siempre, diciendo;

— ¡Sólo ha quedado en el mundo un Iruschov, y éste no vive en Sujodol!

A menudo, después de decir esto, se quedaba pensativo, dejando errar la vista por el campo a través de la abierta ventana, y de pronto, sonriendo irónicamente, descolgaba de la pared la guitarra al mismo tiempo que decía, con la misma sinceridad con que hablara minutos antes:

— ¡Ay Sujodol,..! ¡Qué bueno eres...! ¡Que te lleven los diablos!

Pero a pesar de esto, su alma era alma de aldeano de Sujodol; almas sobre las que los recuerdos tienen un poder tan desmesuradamente grande, que no pueden olvidar la vida inerte de la estepa, que unían de un modo patriarcal en una sola vida a la aldea, la servidumbre y la casa solariega. Nosotros los Iruschov somos nobles inscritos en el sexto libro de la nobleza, y entre nuestros antepasados hay mucha gente ilustre de antigua sangre lituana y príncipes tártaros, cuya raza aparece mezclada con la nuestra muchas veces; pero, a pesar de todo, en realidad no somos más que unos campesinos, Dicen que representábamos y representamos una casta especial; no hay nada de eso. Había en Rusia campesinos ricos y campesinos pobres; a los primeros les llamaban señores, y a los segundos, siervos: he aquí toda la diferencia. Hace ya mucho tiempo que la sangre de los Iruschov se mezcla con la de la servidumbre y con la de los aldeanos. ¿Quién dio la vida a nuestro abuelo Pedro Kirilovich? Hay varias leyendas que lo cuentan de modos muy distintos. ¿Quién fue el padre de su asesino Gervasko? Desde la infancia hemos oído decir que era el propio Pedro Kirilovich. ¿Cuál era la causa de que mi padre y mi tío Pedro Petrovich tuvieran caracteres tan diferentes? También hay leyendas para todos los gustos. La hermana de leche de mi padre ha sido Natalia, y mi padre tenía con Gervasko una amistad fraternal... Ya es, pues, hora de que los Iruschov reconozcan su parentesco con su servidumbre y con los campesinos.

También mi hermana y yo vivimos mucho tiempo sintiendo la atracción de Sujodol y seducidos por su pasado. Allí la servidumbre, la aldea y la casa constituían una sola familia, regida aún por nuestros abuelos, y este hecho era como un lazo del que no podíamos libertarnos los descendientes. La vida patriarcal en un ambiente de tribu, casi de horda, es profunda, nudosa, misteriosa y algunas veces terrible.

Pero es fuerte precisamente por su profundidad tenebrosa, sus leyendas y su pasado.

En cuanto a manuscritos y otros testimonios de antigüedad, Sujodol era tan pobre de ellos como cualquier aldehuela de nómadas de las estepas de Baskir. En Rusia los manuscritos están sustituidos por la leyenda.

¡La leyenda y la canción son los venenos del alma eslava! Y nuestros antiguos criados, holgazanes y apasionados visionarios, ¿dónde habrían podido satisfacer los anhelos de su alma si no fuese en nuestra casa?

Pedro Petrovich murió joven. A su mujer, Claudia Markovna, de apellido Ganechina, nadie la consideraba como una Iruschov, aunque le gustaba decir: "Nuestra sangre de los Iruschov..."

De modo que nuestro padre era el único representante que quedaba de los señores de Sujodol, y las canciones que nos arrullaron en la cuna, cantadas por Natalia y nuestro padre, de Sujodol eran también.

¿Quién podría como mi padre, discípulo de los viejos criados, cantar con aquella indolente tristeza, con aquella expresión de reproche cariñoso, con tan íntima languidez: "su fiel y mimada querida"? ¿Quién podría contar cuentos e historias como los narraba Natalia? ¿Y quién con más derecho que los aldeanos de Sujodol podrían llamarse nuestros prójimos?

Desde hacía siglos los Iruschov eran célebres por sus riñas y

disputas, como ocurre con toda la familia que durante largos años vive en un recinto estrecho. En los días de nuestra infancia acaeció una de aquellas riñas, que fue la causa de que durante casi diez años mi padre no pisase el umbral de su casa natal. Por eso en nuestra infancia no pudimos conocer bien a Sujodol, pues solo estuvimos allí un día, de paso para Zadonsk. Pero los sueños son algunas veces más intensos que la misma realidad, y de un modo vago, pero indeleble, quedaron grabados en nuestra memoria el largo día de verano, unos campos ondulados y el camino, ancho y extenso, que a trozos sombreaban unos viejos sauces huecos. También recordamos una colmena abandonada a la voluntad de Dios e instalada en un hueco de uno de aquellos sauces allá lejos en los sembrados; un enorme prado, de hierba rala y pisoteada, en el que se veían unas cuantas chozas miserables, y el amarillo de los pedregosos barrancos, situados detrás de las chozas, en los que el fondo era de pedernales blancos.

La primera emoción fuerte, de horror, que recibimos vino también de Sujodol: fue el asesinato de mi abuelo por Gervasko. Escuchando la narración de este crimen, soñábamos con aquellos barrancos amarillentos, imaginándonos siempre que precisamente por ellos huiría Gervasko, después de consumado el horrible asesinato, hasta desaparecer como una piedra en lo profundo del mar.

Los aldeanos de Sujodol venían a Lunevo generalmente para hablar de asuntos de las tierras. Todos ellos visitaban nuestra casa, en la que entraban como si fuese la suya; saludaban a mi padre inclinándose humildemente, le besaban la mano, y luego, con un brusco movimiento de cabeza, que separaba de su cara los largos cabellos, daban tres besos en la boca a mi padre, a Natalia y a nosotros. Traían consigo como regalo, miel, huevos, toallas..., y nosotros, criados en el campo, enamorados ávidamente de los aromas tanto como de las canciones y leyendas, conservamos para siempre en la memoria aquel agradable y especial olor a cáñamo que percibíamos al besarnos con los aldeanos de Sujodol; recordamos que sus regalos olían a aldea antigua de las estepas: a

miel, al alforfón en flor y a madera de roble de las colmenas, podrida por la humedad; las toallas, a las sucias chozas de los tiempos de mi abuelo.

Los aldeanos de Sujodol no contaban nada, ¿Qué hubieran podido contar? No tenían ni siquiera recuerdos; las tumbas carecían de nombres, y las vidas eran tan parecidas las unas a las otras, tan míseras, tan pasajeras, que no dejaban el más insignificante rastro. El fruto de sus labores y cuidados era sólo el pan que se come cada día. Cavaban estanques en el lecho pedregoso del raquítico río Kamenka; pero los estanques no eran perdurables: se secaban. Construían viviendas; pero sus chozas no permanecían: a la menor chispa ardían por completo...

¿Qué era, pues, lo que nos ataba a todos nosotros, sobre todo a Natalia, a aquel prado abrasado por el sol, a aquellas cabañas, a aquellos barrancos y a la casa arruinada de Sujodol? ¿Acaso no sería el atávico instinto de la vida patriarcal y nuestro parentesco con la apartada soledad de la estepa?

## CAPITULO II

A las niñeras y a los criados antiguos suele llamárseles por el nombre de su padre; pero a ella siempre la llamaban por su propio nombre: cuando joven, Natachka, y luego, Natalia. No parecía una niñera; desde su nacimiento hasta su muerte fue una verdadera aldeana. Y a juzgar por lo que se oía hablar de otros lugares, tampoco Sujodol tenía parecido con los demás nidos señoriales. A la casa que había formado el alma de Natalia y poseído toda su vida, a aquella casa de la cual habíamos oído hablar tanto, fuimos a vivir ya bien entrados en la adolescencia.

Me acuerdo como si fuese ayer. Cuando llegábamos a Sujodol estalló una tormenta con violento chaparrón, ensordecedores truenos y deslumbrantes relámpagos que parecían sierpes de fuego. Una nube de color negro violáceo se desviaba lenta hacia el Noroeste, cubriendo majestuosamente la mitad del cielo; la llanura de los sembrados tomaba un tinte verde cadavérico bajo aquella enorme cúpula; la menuda hierba húmeda del camino era brillante y extraordinariamente fresca; los caballos, mojados y como si hubiesen adelgazado de repente, se movían con torpeza, haciendo brillar las herraduras al caminar sobre el fango azulado; el coche se deslizaba suavemente..., y de pronto, al llegar al recodo donde la carretera vuelve hacia Sujodol, vimos sobre un montón de centeno húmedo una figura alta y extraña, vistiendo un *jalat*<sup>3</sup> y una capucha, que con una rama seca pegaba a una vaca de pelo castaño con grandes manchas blancas. Al acercarnos la rama seca pegó con más fuerza, y la vaca, meneando torpemente la cola, corrió hacia el camino. La figura, gritando algo, se dirigió hacia el coche, y acercándose nos ofreció su cara pálida. Nosotros, mirando con miedo aquellos ojos negros de loca, sintiendo el contacto de aquella aguda y fría nariz y el fuerte olor a cabaña, nos besamos con la

---

<sup>3</sup> Especie de bata larga y amplia, sin botones, que se cruza sobre el pecho, sujetándola por medio de un cinturón

mujer.

¿No será la bruja Baba—Yaga —pensamos—, o Ivan *el Terrible* que ha salido de su sepulcro?"

Pero aquel Ivan *el Terrible* llevaba una alta capucha, hecha con un trapo sucio devanado sobre la cabeza; vestía un *jafat* roto, mojado hasta la cintura, que dejaba al aire los pechos flacos, y gritaba como si fuésemos sordos, como si su intención fuese emprender una furiosa pelea. Y por aquel modo de gritar comprendimos que era nuestra tía Tonia.

También gritaba, pero con la alegría y el entusiasmo de una colegiala, Claudia Markovna, mujer gorda, bajita, con una barbita gris y ojos extraordinariamente vivos, que estaba sentada haciendo calceta, al lado de una ventana abierta, y que, poniéndose las gafas sobre la frente, miraba al punto en que el prado limitaba con el cercado de delante de la casa.

La casa tenía dos grandes entradas: en la de la derecha estaba Natalia, que nos saludó humildemente con una tranquila sonrisa. Tenía el cutis tostado y vestía calzado de líber, una falda de lana roja y una camisa gris con ancho escote alrededor de su oscuro y arrugado cuello. Me acuerdo que, mirando aquel cuello, aquellas salientes clavículas y aquellos ojos tristes, cansados, pensaba yo que ella se había criado con mi padre hacía ya muchísimos años, precisamente allí, en la granja de roble de mi abuelo, en aquella casa, que, después de soportar varios incendios, había quedado reducida a una casa ruinoso, un jardín con unos cuantos álamos, un cobertizo de barro y una nevera, cubierta por el ajeno y las malas hierbas...

Pronto se sintió el humo del samovar; de las centenarias vitrinas salieron los vasitos de cristal llenos de almíbar: cucharillas de oro, que por el uso se habían quedado tan delgadas como la hoja de arce; rosquillas azucaradas, guardadas para las visitas, y mientras se animaba la conversación, exageradamente amistosa después de tan larga y hostil ausencia, nos fuimos a recorrer oscuras habitaciones en busca del miradero y de la salida jardín.

Todo estaba ennegrecido por el tiempo; todo era primitivo sencillo en aquellas vacías y bajas habitaciones, que conservaban el mismo ambiente que en vida de mi abuelo y que estaban arregladas con los restos de las que él había ocupado y el incendio había destruido. En un rincón del cuarto de servicio estaba colocada una tabla con la imagen grande y oscura de san Mercurio de Esmolensko. En la catedral de Esmolensko se conservaban el casco y las sandalias de hierro de este santo, cuya vida nos contaron.

Había un noble llamado Mercurio, que, conducido por la imagen de la santísima Virgen de Odiquitria, logró salvar el principado de Esmolensko de la invasión de los tártaros. Después de vencer a los enemigos el santo se durmió, y fue decapitado por ellos; pero entonces, cogiendo su cabeza en las manos, vino a la ciudad de Esmolensko a contar lo sucedido.

Daba miedo mirar la imagen de aquel hombre decapitado, que llevaba en una mano la cabeza, de un color azulado cadavérico, cubierta por el casco, y en la otra la imagen de la Virgen, su guía. Según decían, esta sagrada imagen del abuelo se había conservado milagrosamente, en medio de muchos y tremendos incendios, que habían hendido la tabla, sujeta después sólidamente con una gran chapa de plata, y conservaba escrita por detrás, debajo del escudo de armas, la genealogía de la familia Iruschov.

Como correspondiendo a la maciza imagen en lo alto y bajo de todas las sólidas puertas había fuertes y pesados pestillos de hierro; las tablas del suelo de la sala eran planchas de madera desmesuradamente anchas, oscuras y resbaladizas, y las ventanas eran pequeñas y de una sola hoja levadiza.

De la sala, que era una reproducción reducida de aquella otra donde los Iraschov se sentaban a la mesa provistos del *arapuik*, pasamos al salón. En éste, enfrente de la puerta de salida al miradero, estaba antes el clavicordio, en el cual tocaba la tía Tonia, enamorada del oficial Voitkevich, compañero de Pedro Petrovich. Más allá había puertas que conducían antaño a las que habían sido habitaciones del abuelo...

La tarde era tenebrosa; más allá del jardín arruinado, de la granja medio demolida y de los álamos plateados, se encendían relámpagos que iluminaban por un instante las nebulosas montañas con un color de oro rosado. Se veía que el chaparrón no había llegado hasta el bosque de Trojino, que oscurecía allá lejos, detrás del jardín, en las pendientes de los barrancos. De él nos llegaba el olor tibio y seco del roble, mezclado con el de las hojas, traído por el suave y húmedo viento que corría por las cimas de los abedules que quedaban de la antigua avenida, por las altas ortigas y los lampazos del jardín y por los escaramujos de alrededor del miradero.

Y el profundo silencio de la tarde, de la estepa, de la Rusia inculta, reinaba sobre todo...

—Venid a tomar el té —dijo una voz tranquila.

Era la voz de *ella*, de la partícipe y testigo de aquella vida y a la vez su mejor narradora: Natalia. Detrás de ella, mirando atentamente con sus ojos de loca y andando ceremoniosamente por el oscuro y pulimentado suelo, avanzaba su señora.

No se había quitado la capucha, pero había sustituido el *jalat* por un anticuado traje de tarlatana y llevaba sobre los hombros un chal de seda de color de oro viejo.

—*Où etes-vous, mes enfants?* —gritaba con sonrisa amanerada.

Y su voz, brusca y chillona como la de un papagayo, resonaba de un modo raro en las negras y vacías habitaciones...

¡Nuestra desilusión fue enorme! ¡Durante tanto tiempo y con tanta avidez habíamos escuchado las historias de Sujodol...! Todos hablaban de él como si fuese una propiedad de un gran duque; pero sólo vimos allí pobreza y miseria, y la mujer que nuestra imaginación habíamos poetizado era una loca casi salvaje. No encontramos en Sujodol nada parecido a los bellos oasis de las fincas de los Larin o de los Lavretzki, y todos nuestros sueños poéticos se

derrumbaron aquella tarde en aquel oscuro rincón.

Aun no habíamos llegado a conocer la verdad; pero hoy la conocemos por completo. Sí; los habitantes de Sujodol, ni en sus amores, ni en sus odios, ni en sus gustos, ni en el trabajo, ni en la vida social procedían normalmente. Casi todos los Iruschov, de generación en generación, eran enfermos de cuerpo y espíritu, e igualmente los que les rodeaban. La crónica de Sujodol estaba llena de hechos absurdos y terribles. Nosotros, últimos personajes de esta crónica, hemos roto los hilos que nos unían a aquella tierra, y hasta el mismo nombre de Iruschov desaparecerá para siempre. El pensar esto me produce alegría.

El pasado de Sujodol nos ha descubierto su alma, la que a su vez creó ese pasado, en el que de un modo más brusco y claro que en el presente se destacan los rasgos característicos del alma esclava, de esa alma tan funestamente apartada del alma de la humanidad.

Nuestro padre pasaba por ser el señor; pero en realidad era sólo un siervo de Sujodol, y éste causó su perdición. Se diferenciaba de todos los de su familia, y ni aun en el semblante se parecía a los demás Iruschov. Pero este descendiente de familia degenerada no podía dejar de tener alguna característica de la raza de Sujodol. Inútil para administrar sus bienes, llegaba hasta a dar su última camisa a quien se la pidiese. Pero ¿acaso fue a parar su dádiva alguna vez a manos honradas y trabajadoras?

Era bueno como un niño y furiosamente irascible como una fiera; a veces, con un solo grito enérgico se le hacía callar y temblar de miedo; pero otras veces era capaz de lanzarse con las manos vacías contra una multitud de campesinos armados de chuzos. Poseía gran agudeza y viveza de espíritu; pero de cada diez palabras suyas ocho eran disparatadas. Al instante siguiente de haber dicho con resolución a los demás y a sí mismo: "Esto se ha de hacer así", procedía del modo contrario; era incapaz de precisar sus juicios y de encadenarlos lógicamente. En su ánimo, a cada minuto, las brillantes ilusiones cedían el paso a una completa desesperación. Cuando sus negocios se enredaban hasta formar un nudo, él,

después de hacer algunos esfuerzos momentáneos y desesperados para desatarlo, acababa infaliblemente por alejarlo de sí, abandonándolo en las manos del destino o dejándolo para otra ocasión. Hasta que tuvo treinta años no bebió ni una gota de vino ni puso entre sus labios un tubo de pipa; pero a partir de esta edad empezó a beber y a fumar de tal modo, que no tenía igual en todo el distrito. Todo lo que de avaro, mezquino y desconfiado tenía nuestro tío Pedro Petrovich, lo tenía nuestro padre de confiado y absurdamente generoso; parecía como si el único fin de su vida fuese no desaprovechar ningún medio de preparar para su vejez y para sus hijos una alforja de mendigo.

En nuestra juventud sorprendimos los principios de la enorme pobreza señorial. Nos asombrábamos de lo repentinamente que había llegado. "¿Será posible —pensábamos— que la razón de estos derrumbamientos consista en la ruptura de los lazos de la esclavitud que ataban al señor con el siervo?" Parecía incomprendible la rapidez con que desaparecían de la tierra los antiguos nidos señoriales.

Ahora pienso muchas veces en si acaso no serían exageradas la tradición y la solidez del señorío. ¿Por qué llamarnos señores nosotros los campesinos? ¿Por qué sin tener en cuenta su estado primitivo habíamos creído eterna la estabilidad de Sujodol? En unos cuantos años, no siglos, sino años, se arruinó por completo lo que parecía ser un bienestar, del que tanto se vanagloriaban nuestros antepasados. ¿No habría quizá que buscar la causa de esta ruina en que se creyó estabilidad lo que tan solo era inercia? ¿No puede ser también que el alma sedienta del último degenerado habitante de la casa solariega de Sujodol iba fatalmente al encuentro de su perdición y de su ruina, empujado por su miedo a la vida?

### CAPITULO III

EL mismo poético encanto que derramaran la sencillez aldea de Natalia y su alma hermosa y humilde creada por Sujodol se encontraba en la arruinada casa de sus señores. Olía a jazmín el viejo salón de suelo alabeado. El miradero, de un color gris azulado, podrido por el tiempo, y del que por falta de escalones había que salir al jardín dando un salto, se sumergía entre las ortigas, el saúco y el escaramujo. En los días calurosos, en que el sol quemaba, cuando estaban abiertas las viejas vidrieras y los alegres rayos se reflejaban en el opaco espejo oval colgado en 1a pared de enfrente, siempre se nos venía a la memoria el clavicordio de la tía Tonia, que antaño estaba colocado bajo este mismo espejo; tocaría ella mirando las rayas y garabatos de un papel amarillento, mientras que *él* permanecería en pie detrás de ella apoyando la mano izquierda en la cadera, con los dientes fuertemente apretados y frunciendo las cejas; preciosas mariposas, vistiendo abigarrados trajecitos —unas de indiana, otras de telas japonesas, otras de chales de terciopelo negro azulado—, entrarían volando en el salón, y un día antes de marcharme de Sujodol, *él* golpeó, enfadado con la palma de la mano sobre una de ellas, que, estremeciéndose, expiraba sobre la tapa del clavicordio, en la que sólo quedó un polvillo plateado; pero cuando algunos días después las doncellas, por torpeza, lo limpiaron, la tía Tonia tuvo un ataque de histerismo,

Salíamos al miradero, nos sentábamos en las tibias planchas de madera y dejábamos que nuestra imaginación volase. El viento corriendo por el jardín, nos traía el sedoso susurro de los abedules, de troncos de raso blanco con manchas negras y de ramas verdes extendidas como con abandono; la oropéndola daba un grito agudo y alegre y se lanzaba por encima de las flores tras las chovas habladoras que habitaban con su numerosa familia en las chimeneas derruidas y en las oscuras guardillas, donde olía a ladrillos viejos y en las que por las lumbreras entraban rayos de luz dorada que caían sobre montones de ceniza gris violeta. Luego el viento se tranquilizaba. Las abejas, haciendo su lenta labor, arrastraban su

vuelo soñoliento por las flores que crecían al lado del miradero, y en el silencio se oía tan sólo, monótono y ondulante, como una lluvia menuda y persistente, el susurro del plateado follaje de los álamos...

Vagábamos por el jardín y llegábamos hasta sus solitarias lindes, donde ya se confundían con los sembrados; allí, en la casucha de baños de nuestro abuelo, en aquella misma casucha donde antaño Natalia guardara el espejito robado a Pedro Petrovich, vivían ahora las cigarras blancas, que saltaban ágilmente en el umbral de la puerta y con gesto curioso, moviendo las antenas y los labios partidos, bizcaban sus separados y abultados ojos para mirar a los altos bancos y a la maleza de cicuta y ortigas, que ahogaba los endrinos y los cerezos. Y en la medio derruida casa solariega vivía un buho, que, sentado sobre una viga, en el rincón más tenebroso, levantando verticalmente sus penachos y abriendo sus grandes ojos amarillos y ciegos, tenía un aire salvaje y diabólico.

El sol descendía allá lejos, por detrás del jardín, en el mar de los sembrados. Se acercaba la noche tranquila y bella; el cuco cantaba en el bosque de Trojino; sonaba allá en los campos, como un lamento, el caramillo del viejo pastor Stefan, y el buho, sentado, esperaba la llegada de la noche.

Luego, por la noche, todo dormía: los campos, la aldea y la casa solariega; sólo el buho dejaba oír constantemente su gemido y su llanto; volaba silenciosamente por el jardín alrededor de la casa, llegaba a la cabaña de la tía Tonia, bajaba suavemente a posarse en el techado y lanzaba su grito enfermizo... La tía se despertaba en su banco al lado de la estufa y murmuraba, suspirando: "¡Jesús dulcísimo, ten piedad de mí!"

Las moscas, soñolientas y pesadas, zumbaban en el techo de la cálida y oscura cabaña.

Todas las noches ocurría algo que despertaba a la tía Tonia: era la vaca que se rascaba contra la pared de la cabaña, o la rata que corría por las estridentes teclas del clavicordio, y saltando de éstas caía con alboroto sobre los tiestos, cuidadosamente agrupados en un

rincón, o el viejo gato negro con ojos verdes que volvía tarde a casa y pedía perezosamente que le dejaran entrar, o el buho que llegaba volando, profetizando con sus gritos una desgracia. Y la tía Tonia, abandonando el sueño, rechazando las moscas que en la oscuridad se posaban sobre su rostro, gruñendo y murmurando oraciones, se levantaba a tientas, daba un portazo y, saliendo a la entrada de la cabaña, tiraba al azar el rodillo hacia el cielo cubierto de estrellas. El búho, produciendo un ligero ruido al rozar la paja con sus alas, se desprendía del techado y caía, desapareciendo en la oscuridad; casi tocando el suelo, volaba suavemente hacia la casa, y al llegar allí subía de pronto y se posaba en la cubierta, dejando oír de nuevo su llanto, luego callaba, permanecía sentado, como recordando algo, y de repente lanzaba un grito de espanto; callaba de nuevo, y de improviso empezaba a chillar histéricamente, lanzando carcajadas otra vez se callaba, y luego prorrumpía en gemidos, y sollozos...

En la noche oscura y tibia se destacaban sobre el cielo algunas nubecitas violáceas, serenas y tranquilas; corría soñoliento el susurro de los álamos; resplandecían silenciosamente los relámpagos por encima de los bosques de Trojino, del que venía el perfume seco y caliente del roble, y no lejos del bosque, por encima de las llanuras de avena, entre las nubes, en un claro del cielo, brillaban, como un triángulo de plata, las estrellas del Escorpión...

Volvíamos tarde a la casa. Embriagados por el rocío, por la frescura de la estepa, por el perfume de las flores y hierbas campestres, subíamos con cuidado las escaleras del portal y entrábamos en la oscura antesala. Con frecuencia sorprendíamos a Natalia rezando delante de la imagen de san Mercurio. Descalza, pequeñita, con los brazos cruzados, se mantenía ante la imagen murmurando algo, se persignaba, y en la oscuridad adivinábamos que la saludaba inclinándose hasta el suelo. Todo esto lo hacía con la misma sencillez que si estuviese hablando con alguien íntimo tan sencillo como ella, bueno y misericordioso.

— ¡Natalia! —la llamábamos en voz baja.

—¿Qué hay? —también en voz baja respondía ella,

interrumpiendo sus oraciones.

— ¿Por qué no estás ya acostada a estas horas?

— Porque, si Dios quiere, ya tendré tiempo de dormir en mi tumba.

Abríamos la ventana y nos sentábamos en el alféizar; Natalia permanecía en pie con los brazos cruzados.

Misteriosamente resplandecían, sin ruido, los relámpagos, iluminando las oscuras habitaciones, y allá lejos, en la estepa húmeda por el rocío, sonaba el canto de las codornices. En el estanque, un pato despierto graznaba como dando un alerta alarmante...

— ¿Habéis ido de paseo?

— Sí, hemos paseado.

— Está bien, sois jóvenes... Antaño también nosotros paseábamos durante toda la noche... Salíamos con el crepúsculo y volvíamos con la aurora.

— ¿Y se vivía bien aquí antes?

— Sí, muy bien.

Reinaba un largo silencio.

— Oye, chacha: ¿por qué grita el buho? — decía mi hermana.

— ¡No se debía consentir que gritase! ¡Que perezca ese maldito! ¿Por qué el señorito no tira algunos tiros para asustarlo? Porque realmente da miedo; siempre piensa uno que acaso profetiza alguna desgracia. Y a vuestra tía la asusta: es muy miedosa.

— ¿Y por qué se puso enferma?

— Eso es sabido; siempre lágrimas, lágrimas y melancolía...;

luego le dio por rezar... y cada vez era más cruel para nosotras sus doncellas y se enemistaba con sus hermanos...

Entonces, acordándonos de los *arapuiks*, le preguntábamos:

—Es que no vivís en concordia?

—¡Qué concordia! Sobre todo al ponerse ella enferma, morirse vuestro abuelo, apoderarse de todo los jóvenes señores y casarse el difunto Pedro Petrovich. ¡Fogosos eran todos como la pólvora!

—Y a los criados ¿los fustigaban a menudo?

—No tenían costumbre. ¡Bien culpable he sido yo, y, a pesar de todo, Pedro Petrovich se contentó con ordenar que me cortaran el pelo con las tijeras de las ovejas y me pusieron una camisa vieja y con desterrarme a una granja lejana...!

—¿Y qué falta cometiste?

Pero la respuesta no siempre era inmediata. Natalia relataba con sorprendente realismo y diligencia; pero a veces tartamudeaba como pensando en algo; luego suspiraba ligeramente, y aunque no veíamos su cara, por su voz comprendíamos que sonreía con tristeza.

—...Pues... yo era culpable..., ya os lo he dicho..., era joven y tonta: "Cantaba, por mi desgracia, para mi tentación, un ruiseñor en el jardín..." Ya se sabe, yo era una muchacha...

Mi hermana le suplicaba cariñosamente:

—Dinos, chacha, esos versos hasta el fin.

Natalia se turbaba.

—No son versos; es una canción..., y no me acuerdo bien.

— ¡No es verdad! ¡No es verdad!

—Pues bien —y decía rápidamente—: Como por desgracia, para mi tentación... No, no. Cantaba, por mi desgracia, para mi tentación, un ruiseñor en el jardín; cantaba una canción lánguida, no dejaba dormir a la tonta, no dejaba dormir en la noche oscura.

—¡La canción no dice *la tonta*, sino otra cosa!

—¡Sí, tonta, tonta!

Haciendo un esfuerzo de audacia, mí hermana le preguntaba:

—¿Y tú has estado muy enamorada de *nuestro* tío?

Natalia murmuraba lacónica y torpemente:

—¿Y siempre rezas por su alma?

— Sí, siempre.

— Dicen que tú te desmayaste cuando te llevaban a Sochky.

— Sí, me desmayé. Nosotros los criados éramos muy delicados... muy sensibles a los castigos... ¡No se nos podía comparar con un burdo aldeano! Cuando Evsei Bodulia me llevó a Sochky me llené de dolor y espanto; en la ciudad me ahogaba por falta de costumbre, y cuando salimos a la estepa sentí que mi alma se llenaba de pena y de ternura. Tropezamos con un oficial que se parecía a él; di un grito y perdí el conocimiento. Al volver en mí me quedé echada en el carro, pensando: "¡Qué bien estoy ahora, me parece estar en el paraíso!"

— ¿Y él era severo?

— ¡Dios nos guarde!

— Pero la tía era la más caprichosa de todos.

— Sí, ya os he dicho que hasta la llevaron a un santo milagroso Hemos sufrido mucho con ella. Ahora podría vivir y gozar; pero el orgullo le hizo perder el juicio... ¡Y cómo la amaba Voitke—vich! ¡Pero qué se le va a hacer!

— ¿Y el abuelo?

— Ese... era débil de espíritu. También se enfadaba; en esos tiempos eran todos fogosos; en cambio los antiguos señores no despreciaban a los criados. Alguna vez nuestro padre castigaba a Gervasko (¡que bien lo merecía! ) A eso del mediodía y al anochecer ya estaba con él en el patio charlando y tocando las balalaikas.

— Y dinos: ¿era guapo Voitkevich?

Natalia se quedó pensativa.

— No, no quiero mentir; tenía algo de kalmuco. Era serio y tenaz; siempre estaba leyendo versos a la tía y asustándola, diciendo: "Me moriré y vendré a buscarte."

—El abuelo ¿se volvió loco también de amor?

—Sí, por la abuela; pero eso fue otra cosa. La cosa también en tenebrosa y triste. Ahora escuchad mis estúpidos cuentos...

Y sin darse prisa, Natalia empezaba, murmurando una narración larga, larga...

En esta narración, sobre un fondo de viveza, melancolía y extraordinaria sencillez, había agudezas, lagunas y extravíos; había algo más: había un severo y armónico murmullo misterioso, predominaba una lejana tristeza, y el todo estaba impregnado por el sentimiento de la antigua fe en la predestinación, por permanente sugestión, nunca expresada con claridad, de que a uno de nosotros corresponde fatalmente un destino determinado.

## CAPITULO IV

Si hemos de dar fe a las leyendas, nuestro bisabuelo, hombre rico, ya en su vejez se trasladó de la provincia de Kursk a Sujodol. No le gustaban estos lugares apartados y estos bosques espesos: pero la frase "en los tiempos remotos había bosques en todas partes" pasó a ser un proverbio. La gente que hace dos siglos viajaba por nuestros caminos tenía que arrastrarse por bosques espesos. En el bosque se perdían el río Kamenka y las mesetas por donde atraviesa: la aldea, la finca y las colinas de alrededor. Pero ya en tiempo de mi abuelo era otra cosa. El paisaje era distinto: la anchura de las estepas, las cuevas sin vegetación, los campos de trigo avena y alforfón, el camino bordeado por los sauces huecos y la colina donde estaba asentado Sujodol cubierto de guijarros blancos. De los bosques sólo quedó el pequeño bosque de Trojino. El jardín era precioso: una ancha avenida sombreada por setenta altos y esbeltos abedules, el cerezal, frondosas espesuras de frambuesas, acacias y en los límites donde el jardín se unía con el sembrado, un bosquecillo de álamos plateados. La casa estaba cubierta por un techado de paja tan espeso y sólido que no tenía rival. La fachada miraba al patio, a los lados del cual estaban en fila las cabañas de la servidumbre y de los servicios de la casa, y por la parte de atrás se extendía una inmensa pradera verde, más allá de la cual estaba la aldea señorial, grande, pobre y desinteresada.

"Lo mismo que sus dueños —decía Natalia—, eran desinteresadísimos; nada tenían de tacaños ni avaros. Simeón Kirilovich, el hermano de nuestro abuelo, dividió con éste los bienes; guardó para sí lo mejor de la propiedad patrimonial y a nosotros nos dejó sólo Sochky, Sujodol y cuatrocientas almas, y aun de esas cuatrocientas la mitad había huido.

"El abuelo, Pedro Kirilovich, era débil de espíritu; envejeció prematuramente y murió a la edad de cuarenta y cinco años. Nuestro padre nos decía siempre que el abuelo se había vuelto loco a consecuencia de un huracán repentino, que abatió sobre él una

llovía de manzanas al tiempo que dormía en el jardín sobre una alfombra; pero entre la servidumbre, según decía Natalia, daban otra explicación a la locura del abuelo. Decían que Pedro Kirilovich se puso enfermo de tristeza poco después de la muerte de su hermosa mujer; que una espantosa tormenta estalló sobre Sujodol al atardecer del mismo día del fallecimiento, y el huracán, que acompañaba a una densa nube negra, sorprendió a Pedro Kirilovich durmiendo y lo aterrorizó, haciéndole pensar en la proximidad de su propia muerte. Y Pedro Kirilovich, hombre moreno, un moco encorvado, de ojos negros atentamente cariñosos, algo parecidos a los de la tía Tonia, acababa su vida en un estado de demencia tranquila.

"Según decía Natalia, en aquellos tiempos no sabían en qué gastar el dinero, y el abuelo, calzado con zapatos de tafilete y vistiendo una bata corta de abigarrado color, vagaba silenciosamente por la casa, lanzando miradas furtivas alrededor de sí y escondiendo monedas de oro en las hendeduras de las vigas de roble.

"—Es para la dote de Tonechka —balbuceaba cuando le sorprendían—. Así está más seguro, amigos míos, más seguro...; pero lo que sea vuestra voluntad; si no queréis no lo haré.

Pero continuaba escondiendo las monedas o cambiando de lugar los macizos muebles de la sala y el salón, en espera siempre de visitas que no llegaban, porque los vecinos casi nunca venían a Sujodol. Se quejaba de hambre, y él mismo se preparaba su plato favorito: machacaba torpemente cebolletas verdes en un tazón de madera, desmigajaba allí el pan, vertía encima un espumoso y espeso *kvas* agregaba una cantidad tan grande de sal gris, que le era después imposible comerlo por el sabor excesivamente amargo.

"Cuando después de la comida la vida en la casa se paralizaba y cada uno buscaba su rincón predilecto para dormir un rato, Pedro Kirilovich, que hasta durante la noche dormía poco, no sabía qué hacer, y no pudiendo soportar la soledad empezaba a visitar los dormitorios, las antesalas, los cuartos de las doncellas,

llamando sigilosamente a los durmientes: "¿Duermes, Arcacha? ¿Duermes, Tonechka?" Y recibiendo por respuesta una exclamación de enfado: "¿Pero, padre, por Dios..., déjame en paz!" se apresuraba a tranquilizar al enfadado: "Duerme, duerme, corazoncito mío. No te despertaré más." Y seguía adelante, eludiendo el cuarto de los criados, porque eran gente muy grosera; pero al cabo de unos diez minutos volvía de nuevo y llamaba aún con más prudencia que antes, inventando cualquier pretexto: que alguian en un coche con cascabeles había pasado por la aldea: "Quizá es Petinka, que viene con licencia del regimiento", o decía que había aparecido una nube terrible que prometía una granizada...

"El pobrecito temía mucho las tormentas —decía Natalia—. Claro está que yo era aún muy niña, pero me acuerdo de todo: la casa era algo oscura y triste, y el día, durante el verano, parecía durar un año. La servidumbre era tanta, que no se sabía dónde meterla...: sólo de criados eran cinco. Cuando después de la comida se acostaban los señores, se comprende que, siguiendo su ejemplo, lo hiciéramos también nosotros los fieles siervos; las doncellas, en su cuarto, después de la comida hacían ruido durante un rato con los bolillos, fingiendo que trabajaban: esparcían las plumas por la habitación (siempre estábamos ocupadas en hacer colchones de plumas) y luego se echaban a dormir en cualquier sitio. Los criados eran más descarados: sentados en su habitación hacían látigos, tejían redes para cazar codornices, tocaban las balalaikas sin preocuparse de nada y después de llenarse la barriga con harina de avena tostada se echaban a dormir. En aquellos momentos Pedro Kirilovich no se atrevía a molestarlos, sobre todo a Gervasko. " ¡Criados! —gritaba— ¡Criados! ¿Estáis durmiendo?" Y Gervasko, levantando la cabeza del cofre sobre el que dormía, le preguntaba: "¿Quieres que te frote la cara con ortigas?" "¿La cara? ¿A quién dices tú eso, holgazán?" "Al duende, señor; era en sueños." Por eso Pedro Kirilovich prefería visitarnos a nosotras: "Arcacha, ¿duermes? ¿Duermes, Natka?" Saltaba yo estremecida y él decía: "Pues duerme, duerme, corazón mío; no quiero despertarte," Y otra vez vagaba por el salón, mirando desde el miradero si se veían nubes. En aquellos tiempos las tormentas eran muy frecuentes. ¡Y qué tormentas más espantosas!

Cuando llegaban las primeras horas de la tarde empezaban a gritar las oropéndolas; por detrás del jardín aparecían nubes negras, se oscurecía toda la casa y comenzaban a agitarse las ortigas y los lampazos. Se refugiaban debajo del miradero las pavas con sus pollos, y le cogía a uno tal miedo y malestar... El pobre señor suspiraba, se persignaba, encendía velas de cera ante los santos y colgaba la sagrada toalla que había cubierto en el ataúd el rostro de su difunto bisabuelo. ¡Qué miedo a morir me daba a mí al ver aquella toalla! Luego tiraba las tijeras por la ventana; éste es el mejor remedio: las tijeras ayudan mucho contra las tomentas. ¡Luego, las malditas ortigas me quemaban hasta la cintura cuando me obligaba a ir a recogerlas! ¡Formaban un verdadero bosque!

"En la casa de Sujodol había más alegría cuando vivían los franceses: un tal Luis Ivanovich, hombre que llevaba anchísimos pantalones, estrechos en las bocas, que tenía un largo bigote y pensativos ojos azules, que escondía su calva peinando el pelo de una oreja a otra y que sin misericordia pegaba a los criados con el tubo de su pipa, y más tarde, una Mademoiselle, Sisi, jamona y muy friolera. Entonces por todas las habitaciones retumbaba la voz de Luis Ivanovich, que gritaba a nuestro padre: " ¡Vayase y no vuelva más!", y en el cuarto de estudio se oía: "*Maitre corbeau sur un arbre perché*", y a Tonechka, que estudiaba en el clavicordio. Los franceses vivieron en Sujodol unos ocho años; se quedaron aquí para hacer compañía a Pedro Kirilovich, aun después de haber llevado los niños al colegio de la capital, y se despidieron de él sólo unos días antes de que estos volvieran a casa para pasar sus terceras vacaciones. Cuando terminaron estas vacaciones, Pedro Kirilovich no volvió a enviar al colegio a Arcadio ni a Tonechka; a su parecer era bastante con enviar a Petenka, y los niños se quedaron sin aprender más.

"Yo era la más joven de todos —continuaba Natalia—. Gervasko era casi de la misma edad que vuestro padre y su mejor amigo y compañero; pero dijo verdad el que dijo que "el lobo no puede ser amigo del caballo". Se juraron amistad eterna hasta cambiaron sus cruces de bautismo; mas Gervasko no tardó en

enseñar los dientes. ¡Poco faltó para que ahogase a vuestro padre en el estanque! Era muy malo y no tenía igual para inventar maldades. Una vez dijo a tu padre: "Y qué, cuando seas mayor ¿mandarás que me fustiguen?" "Sí, porque lo mereces." "Pues no." "¿Cómo lo evitarás?" "Ya verás cómo." En la cuesta de al lado de los estanques había un tonel vacío, y propuso a Arcadio Petrovich entrar ambos dentro y luego hacerlo rodar. "Primero entra tú —le dijo— y luego yo." Vuestro padre entró, y él empujó el tonel, que bajó la cuesta retumbando en dirección al estanque. ¡Y con qué rapidez, Virgen María! El polvo se levantaba en el aire, formando una nube espesa. Gracias a Dios estaban por allí cerca los pastores y lo vieron...

"En tanto que los franceses vivieron en Sujodol la casa conservó el aspecto de habitada. En vida de la abuela todavía había señores y criados, quien mandaba y quien obedecía, salas de recepción y habitaciones para la familia, días de trabajo y días de fiesta, esto aún se conservó en apariencia el tiempo que estuvieron aquí los franceses; pero cuando se marcharon la casa quedó completamente sin amos. Mientras los niños fueron pequeños, Pedro Kirilovich parecía ser el jefe de la casa. Pero ¿qué podía él? ¿Quién dominaba a quién? ¿El a los criados o los criados a él? Se cerró el clavicordio, se suprimió el mantel que cubría la mesa de roble en las comidas, las cuales no tenían hora fija, y la entrada estaba siempre llena de galgos, que no dejaban pasar. No había nadie que se cuidase de la limpieza, y las paredes de vigas oscuras, los suelos y techos, las macizas puertas y los santos iconos que llenaban todo un rincón de la sala ennegrecieron pronto por completo.

"En las noches de tormenta, cuando el jardín se alborotaba bajo la lluvia; cuando se iluminaban las imágenes de los santos en las salas a cada minuto, cada vez que se abría el cielo y luego en la oscuridad retumbaban con estrépito los truenos, en esas noches la casa era espantosa. Y durante el día era soñolienta vacía y aburrida.

Conforme pasaban los años, Pedro Kirilovich era cada vez más débil y perdía más autoridad; la verdadera dueña de la casa era

la decrepita Daría Ustinovna, nodriza de la abuela; pero su autoridad era casi igual que la de su señor. El administrador Damiano se ocupaba sólo de la parte agrícola, sin meterse en la dirección de la casa, diciendo algunas veces, con sonrisa perezosa "Yo no quiero ofender a mis señores..."

"Tonechka había crecido ya, pegaba a Daría Ustinovna; pero las doncellas no le hacían ningún caso. Nuestro padre, todavía adolescente, no sentía interés por Sujodol. Se entusiasmaba con la caza y las balalaikas, y unidos por estrecha amistad con Gervasko, aunque éste formaba parte de los criados, pasaba días enteros con él cazando en los pantanos de Merschersk o estudiando en la cochera las sutilezas del arte de tocar la balalaika y la flauta.

"Ya lo sabíamos —decía Natalia—, La casa le servía solamente para dormir, y si no dormía en ella estábamos seguros de que se encontraba en la aldea, o en la cochera o de caza. En el invierno cazaba liebres; en el otoño, zorros; en el verano codornices, patos y avutardas; montaba en un ligero *drochky*<sup>4</sup>, sujetando con las dos manos la escopeta por detrás de los hombros; llamaba a Diana y se iba con Dios, hoy, al molino de Serechny, mañana a los pantanos de Merschersk, pasado a las estepas. Y siempre con Gervasko; éste era el inductor y guía en aquellas correrías, aunque fingía que el señorito le ordenaba que fuese con él.

"Arcadio Petrovich quería como hermano al que en realidad era su enemigo, que cada vez se reía y burlaba de él con más desprecio. Algunas veces le decía el señorito; "Oye, Gervasko; vamos a tocar las balalaikas. Enséñame, por Dios, la canción *Se ha acostado el sol radiante por detrás del bosque...* Y Gervasko le miraba, echaba el humo por la nariz y decía con una sonrisita: "Hablar no es rogar. Bésame antes la mano."

---

<sup>4</sup> Vehículo de cuatro ruedas que consiste simplemente en una tabla, apoyada directamente en los ejes, sobre la que se va a horcajadas, apoyando los pies en los estribos laterales.

"Arcadio Petrovích, poniéndose lívido, saltaba de su asiento y con toda su fuerza le daba una bofetada; pero Gervasko no se movía; sólo sacudía la cabeza, se oscurecía aún más su rostro y fruncía las cejas con gesto criminal. " ¡Levántate, bribón!" Se levantaba, rígido como un galgo, con los pantalones colgantes..., y se callaba. "Pide perdón en seguida." "Dispéñeme, señor..." Y el señorito, ahogándose de ira, no sabía qué decir. " ¡A qué viene ahora lo de *señor!* —gritaba—. ¡Yo te trato a ti, miserable, como a un igual! ¡Alguna vez sería capaz de perder por ti mi alma! Y tú ¿qué? me irritas de intento?"

" ¡Qué cosa tan extraña! —decía Natalia—. Gervasko se burlaba del señorito y del abuelo; la señorita, de mí; el señorito y, si he de decir la verdad, el mismo abuelo querían mucho a Gervasko, y yo a ella..., después de volver de Sochky, adonde fui desterrada por la falta que cometí..., después de haber recobrado mi juicio..."

## CAPITULO V

AQUELLA falta fue el comienzo de su amor. Y en aquel amor puso toda su alma de campesina de Sujodol.

Cuando se sentaban a la mesa con los *arapuiks* en las rodillas fue después de la muerte del abuelo, la huida de Gervasko y el matrimonio de Pedro Petrovich; después de que la tía Tonia, habiendo perdido la razón, se consagró como esposa de Jesús, y Natalia había vuelto de Sochky, porque el amor hizo perder la razón a la tía Tonia y desterrar a Natalia.

A los días aburridos y pesados del abuelo sucedieron los de dominio de los jóvenes señores. Pedro Petrovich había vuelto a Sujodol, e inesperadamente pidió el retiro; su llegada fue funesta para Natalia y para la tía Tonia. Las dos se enamoraron; no supieron cómo, pero se enamoraron. Su primera sensación sencillamente, que la vida se les hizo más alegre; por primera vez se dieron cuenta de que eran jóvenes y se abandonaron al encanto de la juventud.

Comenzó Pedro Petrovich revolviendo todo Sujodol, dándole un nuevo aspecto, un aspecto de fiesta y señorío. Trajo consigo a su compañero Voitkevich y a un cocinero alcohólico, afeitado, de incoloros brillantes, que miraban con desprecio los enmohecidos moldes para la gelatina y los toscos cuchillos y tenedores.

Pedro Petrovich quería pasar ante los ojos de su compañero como un hombre cordial, generoso y rico; pero procedía con la misma falta de tacto que un niño. En realidad era casi un niño, delicado y guapo por el exterior, pero de carácter brusco y cruel; audaz y con gran aplomo, pero que a la vez se azoraba fácilmente hasta saltársele las lágrimas, guardando luego por mucho tiempo rencor a quien le había confundido.

—Me parece, hermano Arcadio —dijo al sentarse a la mesa el día de su llegada a Sujodol—, me parece que en nuestra bodega había vino de Madera.

El abuelo se ruborizó; quiso decir algo, pero no se atrevió, y se puso a manosear la bata sobre su pecho. Arcadio Petrovich se sorprendió:

—¿Qué vino de Madera?

Gervasko miró descaradamente a Pedro Petrovich y sonrió.

—Usted, señorito, se ha olvidado —dijo a Arcadio Petrovich, sin tomarse la molestia de disimular la burla—. Es verdad que había tanto vino de Madera, que no se sabía dónde meterlo; pero los siervos nos lo hemos bebido todo. Era vino de los señores; pero nosotros, por torpeza, lo bebíamos en vez de *kvass*.

—¿Qué es eso? —gritó Pedro Petrovich, coloreándose sus mejillas de un color rojo escarlata—. ¡Cállate!

El abuelo exclamó entusiasmado:

—¡Así, así, Petenka! ¡Adelante! —gritaba alegremente y con voz de niño, casi llorando—. ¡Tú no puedes imaginarte cuánto daño me hace! Algunas veces pienso: "Me acercaré a él sigilosamente con una mano de mortero y le romperé la cabeza..." ¡A fe mía que lo he pensado! ¡Le clavaré en el costado un puñal hasta el mango...!

Pero Gervasko no se alteraba.

—He oído decir, señor, que eso se castiga severamente —repuso, arrugando el entrecejo—. A mí también se me ha ocurrido pensar que ya es hora de que el señor vaya al Paraíso.

Pedro Petrovich explicaba después que al oír una contestación tan impertinente e irrespetuosa se había dominado sólo por respeto hacia su compañero. A Servasko se limitó a decirle:

—Sal de aquí inmediatamente.

Se avergonzó de su irritabilidad, y con una sonrisa pidió apresuradamente perdón a Voitkevich, levantando hacia él aquellos

hermosos ojos que durante mucho tiempo no podían olvidar tordos los que conocían a Pedro Petrovich.

Tampoco Natalia pudo olvidar aquellos ojos.

¡Su felicidad fue extraordinariamente corta, y no podía pensar que el suceso más notable de toda su vida acabaría en el destierro a Sochky!

La granja de Sochky todavía existe, aunque en la actualidad pertenece a un comerciante de Tambov. Se componía de una larga cabaña situada en medio de una llanura, de un almacén, de un pozo con una garrucha en la punta de un palo altísimo y de una era, alrededor de la cual había huertas de melones y sandías. Seguramente la granja tiene el mismo aspecto que tenía en tiempos de mi abuelo. Tampoco ha cambiado gran cosa la ciudad, situada en el camino que va de la granja a Sujodol.

Toda la falta de Natalia consistió en que, sin darse ella misma cuenta, robó un espejo plegable, montado en plata, que pertenecía a Pedro Petrovich.

Cuando vio el espejo, quedó de tal modo prendada de él como, en general, de todas las cosas de Pedro Petrovich.

Y durante unos cuantos días, mientras no se notó la desaparición, estuvo aturdida por su delito, encantada con su espantoso secreto y con su tesoro, lo mismo que en el cuento de la flor bermeja; al acostarse, pedía a Dios que pasase pronto la noche y llegase la mañana. Parecía que la casa tenía aspecto de fiesta; se animaba, se llenaba de algo nuevo y milagroso con la llegada del joven señorito, elegante, con el pelo brillante de pomada, el alto cuello rojo del uniforme y el rostro moreno de cutis delicado como el de una señorita; hasta la antesala tenía aspecto más alegre: aquella antesala donde dormía Natachka y donde, saltando al amanecer del arcón que le servía de lecho, pensaba en seguida que en el mundo había felicidad porque al lado de la puerta esperaban la limpieza de unos zapatos tan ligeros como para calzarlos el hijo del zar. Pero lo

más emocionante y solemne era el rincón de detrás del jardín, la abandonada caseta de baño donde guardaba el espejo; allí, mientras todos estaban durmiendo, iba furtivamente Natachka, corriendo por las hierbas húmedas de rocío, para gozar de la posesión de su tesoro, sacarlo hasta la puerta, abrirlo a los templados rayos del sol matutino y mirarse en él hasta marearse, y luego esconderlo otra vez, correr y servirle a *él* durante toda la semana; a *él*, ante quien no osaba levantar los ojos, para quien se miraba al espejo con la insensata esperanza de gustarle.

Pero el cuento de la flor bermeja se acabó pronto. Acabó en una deshonra y en una vergüenza que no tenía igual, según pensaba Natalia, porque todos se enteraron del sagrado secreto que ocultaba en su alma, Acabó en la orden dada por el mismo Pedro Petrovich de cortarle el pelo, de afearla. ¡A ella, que se engalanaba y pintaba con antimonio las cejas ante el espejo y había dado vida a un dulce misterio y a una imaginaria intimidad entre ambos!

*El* mismo publicó su delito, transformándolo en un robo vulgar, en una falta de una sierva, a la cual, vestida con una camisa sucia, con la cara hinchada por las lágrimas, hizo sentar ante toda la servidumbre en el carro que servía para el estiércol, y la llevaron deshonrada, arrancándola bruscamente de todo lo querido, a una granja espantosa y desconocida de las lejanas estepas.

Ya sabía lo que allí le esperaba. En la granja tendría que cuidar los pollos y los pavos y trabajar en las huertas de melones y sandías; olvidada de todo el mundo, el sol quemaría su piel. Allí parecerían años los largos días, esos días de estepa en que el horizonte se sumerge en un vacilante espejismo y el aire encalmado es tan quieto y abrasador que se dormiría durante todo el día como un cuerpo muerto si no hubiera necesidad de atender al crujido de los secos guisantes, a la batahola de las gallinas cluecas arañando la abrasada tierra, al triste y pacífico grito de los pavos, y espiar allá arriba la terrible sombra de un buitre, para ponerse en pie de un salto, gritando con una voz aguda y lenta: " ¡Uh! ¡Uuuh...! " ¡Qué miedo le daba pensar en aquella vieja ucraniana que allá en la granja

tendría poder sobre su vida y que de seguro esperaba con impaciencia la llegada de su víctima! La sola ventaja que, según pensaba Natalia, tenía sobre los que llevan al cadalso, era la posibilidad de ahorcarse, y esta idea la sostuvo durante su camino al destierro, que esperaba fuese eterno.

Nada le importó de cuanto pasó ante sus ojos durante el viaje de un extremo al otro del distrito. Pensaba, o, por mejor decir, sentía que su vida había terminado, que su delito y su deshonra eran tan grandes que quitaban toda esperanza de regreso a Sujodol. Por el momento, aun tenía a su lado un conocido: a Evsei Bodulia. Pero ¿qué ocurriría cuando éste la entregase en manos de la ucraniana y después de pasar en la granja la noche se volviera a casa, abandonándola para siempre en un país desconocido?

Después de haber desahogado su dolor con el llanto sintió ganas de comer, y Evsei lo juzgó muy natural, y mientras comían hablaba con ella como si no hubiese ocurrido nada. Luego ella se durmió y no despertó hasta que ya estaban en la ciudad. Esta la asombró por su insulsez y su sequedad, por su calor sofocante y por algo cofusamente temible, que parecía un sueño imposible de contar.

De las impresiones de este día sólo guardó su memoria las siguientes: que en el verano hace mucho calor en las estepas; que no hay en el mundo nada más largo que los días de verano y las carreteras; que en las ciudades las calles están en parte empedradas y los carros pasan retumbando; que las ciudades huelen desde lejos a las cubiertas de hierro de las casas, y que en el centro de la plaza donde descansaron y dieron de comer al caballo, al anochecer, al lado de las posadas, olía a polvo, a alquitrán y a heno podrido, fragmentos del cual quedaban mezclados con estiércol en los sitios donde habían hecho alto los campesinos.

Evsei desenganchó el caballo y lo puso al lado del carro para darle el forraje; luego echó hacia atrás su gorra, se secó con la manga el sudor de la frente y sofocado de calor se marchó a la taberna. Ordenó severamente a Natachka que estuviese vigilante, y que en

caso de que sucediese algo gritase con todas sus fuerzas. Natachka estaba sentada sin moverse, abrumada por sus pensamientos; no apartaba los ojos de la cúpula de la recién construida catedral, que brillaba como una estrella enorme allá lejos, por detrás de las casas. Permaneció sentada hasta que volvió Evsei, el cual, más alegre que antes, masticando algo, se puso a enganchar el caballo, sin soltar un pan blanco que traía debajo del brazo.

—Hemos tardado un poquito, hermosa mía —tartamudeaba animado, no se sabe si dirigiéndose al caballo o a Natachka—; pero creo que por esto no nos ahorcarán. No vamos a apagar un incendio. Tampoco me apresuraré al volver a casa; el caballo del señor es para mí más importante que tu hocico, amigo —decía, imaginando que sostenía una conversación con Damiano—. El abrió el hocico y me dijo—. "¡Ten cuidado, tú! ¡Si sucede algo te haré quitar los pantalones." ¡Vaya, me enfadé de tal modo al oír el insulto! "Los señores, con ser los señores, nunca me hicieron quitar los pantalones para azotarme...; no me los van a quitar por ti, hocico de perro." "Mira bien lo que hablas." "¡Y qué he de mirar? No creas que soy más tonto que tú. Si quisiera no volvería más; llevaría la muchacha a la granja, y luego me persignaría, y... ¡adiós, ya no me veríais más!" Me asombra esta muchacha. ¿Por qué se apena? ¿Acaso el mundo es pequeño? El día que vea pasar al lado de la granja unos carreteros o unos ancianos no tiene más que decirles una palabra, y en seguida se encontrará lejos, más allá de Rostov, y ya no le verán más, y la idea "me ahorcaré" fue sustituida en la cabeza de Natalia por la idea de la huida.

El carro crujió y se bamboleó. Evsei se calló y condujo el caballo al abrevadero situado en el centro de la plaza. Hacia la parte de donde ellos venían, por detrás del gran jardín del monasterio, se ponía el sol, y al otro lado de la carretera resplandecían como ascuas de oro las montañas de la amarilla prisión, la vista de la cual avivó por un momento en Natalia la idea de huir. ¡Ea, también los fugitivos pueden vivir! Pero dicen que los ancianos mendigos queman con leche hirviendo los ojos de las muchachas y los niños que roban para hacerles pasar por pobres desgraciados, y que los

carreteros se los llevan a la orilla del mar para venderlos a los tártaros... Ocurre también que los señores, cuando cogen a los fugitivos, les ponen cadenas y grillos y los encierran en la cárcel... ¡Pero también allí habrá gente humanitaria y no sólo alimañas, como dice Gervasko! Las ventanas de la prisión se apagaban y las ideas se confundían. ¡No! ¡Huir es aún más espantoso que ahorcarse!

Evsei se despejó.

—Nos hemos atrasado, joven —decía, ya con cierta inquietud, subiéndose al carro.

Y el carro, saliendo de la carretera, empezó otra vez a trepidar, rodando con estrépito por las piedras del camino.

"¡Oh cuánto mejor sería volver atrás! —pensaba y sentía Natachka—. ¡Volver atrás corriendo a todo correr hacia Sujodol y echarse a los pies de sus señores!"

Pero Evsei arreaba. Por encima de las casas ya no brillaba la cúpula. Ante sí veía la blanca calle solitaria, el blanco empedrado y las casas blancas, y como dominándolo todo, la enorme catedral, también blanca, bajo su enorme cúpula de blanco metálico, ahora sin brillo, y por encima de ésta se extendía el azul plateado del cielo... En la casa, a esta misma hora, ya caería el relente; el jardín exhalaría una frescura perfumada y se percibiría el olor del hogar encendido en la cocina; lejos, muy lejos, detrás de las llanuras de los sembrados, detrás de los álamos plateados de las lindes del jardín, detrás de la sagrada caseta de baños, allí se apagaba el crepúsculo, y las ventanas del salón que daban a la galería de cristales estaban abiertas; la luz bermeja se mezclaba con la oscuridad que reinaba en los rincones, y la señorita morena—pálida, de ojos negros, parecida al abuelo y a Pedro Petrovich, se sujetaba a cada minuto las mangas de su amplio y ligero vestido de seda color de naranja, miraba con atención el papel de música y, sentada con la espalda vuelta hacia el crepúsculo, pulsaba las teclas amarillentas, llenando el salón con el canto majestuoso, con las suavemente desesperadas armonías de la polonesa de Aginsky, sin que pareciese hacer ningún caso del

oficial rechoncho, de rostro moreno, que detrás de la silla, con la mano izquierda apoyada en la cadera, contemplaba con mirada fúnebremente reconcentrada el ir y venir de las ágiles manos .

"Ella tiene el suyo y yo el mío", pensaba o sentía Natachka en aquellas tardes, y con el corazón palpitante corría por el frío y húmedo relente del jardín, se escondía entre las ortigas y los lampazos mojados y acremente odoríferos y se quedaba en pie esperando algo irrealizable: esperando que el señorito bajase del miradero, viniera por la avenida, la viese y, volviéndose repentinamente, se acercara a ella con rápido paso, y ella, de espanto y felicidad, no podría proferir ni una sola palabra..

Y el carro seguía retumbando. Alrededor de ella la cercaba la calurosa y fétida ciudad, la misma que hacía poco, antes de ponerse el sol, se le representaba como una cosa mágica. Y Natachka, con asombro enfermizo, miraba a la gente engalanada que iba de arriba abajo por las aceras de piedra, pasando por delante de las casas y de las tiendas con las puertas abiertas.

"¿Para qué Evsei vendrá por aquí?—pensaba— ¿Cómo se atreverá a hacer retumbar aquí su carro?"

Luego pasaron por delante de la catedral, empezaron a bajar hacia el río por unas cuestas polvorientas, a los lados de las cuales había unas herrerías delante de unas casuchas míseras y podridas...

Otra vez percibió el conocido olor del agua dulce y tibia, el olor del limo, de la campestre frescura del anochecer. En la ladera de enfrente, en una casita solitaria, al lado de la barrera, brilló la primera lucecita. Salieron ya a las afueras, pasaron el puente, subieron la barrera y apareció ante sus ojos el pedregoso y solitario camino, que blanqueaba confusamente y se mezclaba en la infinita lejanía con el azul de la fresca noche de las estepas. El caballo se puso al trote ligero, y después de pasar la barrera continuó al paso.

Y otra vez se percibía el silencio de la noche en la tierra y en el cielo Sólo allí a lo lejos lloraba un cascabel, lloraba cada vez más

fuerte, y al fin confundió su sonido con el mesurado pataleo de tres caballos y con el suave ruido de unas ruedas que cada vez acercándose más, rodaban por la carretera. Conducía los caballos un joven postillón, y en el carruaje, escondiéndose la barbilla en el cuello de un capote de capucha, iba sentado un oficial. Al cruzarse con el carro levantó por un momento la cabeza y Natachka vio de repente un cuello rojo, unos bigotes negros y unos ojos juveniles que brillaron bajo un casco charolado... Dio un grito, palideció y perdió el conocimiento...

Una insensata ilusión iluminó su cerebro; que era Pedro Petrovich, y por la ternura y el dolor, que como un relámpago alravesaron su nervioso corazón de sierva, se dio cuenta repentinamente de lo que había perdido: su presencia...

Evsei se apresuró a mojarle la cabeza, caída sobre el hombro, con el agua de un jarro de viaje. Volvió entonces en sí, sintiendo náuseas, y apresuradamente asomó la cabeza por encima del borde del carro; Evsei le sujetó cuidadosamente la frente helada con la palma de la mano..., y luego, aliviada, con el cuello mojado, estremeciéndose de frío, se quedó acostada boca arriba, mirando las estrellas. El asustado Evsei se callaba, creyendo que dormía; meneaba la cabeza y arreaba, arreaba siempre. El carro corría y se tambaleaba, y a Natachka le parecía que no tenía cuerpo, que sólo le quedaba el alma. Y esta alma experimentaba un bienestar tan grande como si estuviese en el Paraíso...

Como una florecilla bermeja nacida en jardines de leyenda, era su amor. A la soledad de la estepa, a aquella soledad aun más sagrada que la soledad de Sujodol, llevó su amor consigo, para en silencio, en el aislamiento, vencer sus dulces y ardientes torturas y luego sepultarlo para siempre, hasta su muerte, en las profundidades de su alma de aldeana de Sujodol.

## CAPITULO VI

EN Sujodol el amor no era nunca vulgar. Tampoco lo era el odio.

El abuelo, que pereció del mismo modo absurdo que su asesino, como todos los que morían o delinquían en Sujodol, fue asesinado aquel mismo año.

Para la fiesta de Pokrov, que era la patrona de la iglesia de Sujodol, Pedro Petrovich había invitado a mucha gente y estaba nervioso, temiendo que no viniese el presidente de la nobleza del distrito, el cual había dado palabra de asistir.

También el abuelo, aunque contento, estaba nervioso sin saber por qué. El noble llegó, y la comida resultó brillante. Al amanecer del día 2 de octubre le encontraron muerto en el suelo del salón

Después de haber pedido su retiro, Pedro Petrovich no ocultó a nadie que se había sacrificado por salvar el honor de los Iruschov, el nido natal y el patriotismo. No ocultó que se veía forzosamente obligado a tomar en sus manos la dirección de la casa. Estaba también obligado a reanudar las relaciones con los más instruidos e importantes nobles del distrito y al mismo tiempo no romper con los demás. Y al principio cumplió todo puntualmente: visitó hasta a los vecinos más pobres, fue hasta la granja de la tía Olga Kirilovna, anciana monstruosamente obesa, que padecía de somnolencia y se limpiaba los dientes con tabaco en polvo.

Al llegar el otoño a nadie llamaba ya la atención que Pedro Petrovich dirigiera la casa con autoridad absoluta. No tenía ya el aspecto de un guapo oficial en uso de licencia, sino de dueño y señor, de joven propietario. Cuando se azoraba ya no se encendían sus mejillas con el color escarlata de antes; estaba más cuidado, más grueso; vestía batas lujosas; calzaba sus pies pequeños con encarnadas babuchas tártaras y adornaba sus manos con sortijas de

turquesas. Sus hermosos ojos, resultó, con asombro de todos que no eran negros, sino oscuros, como conviene al color moreno. Arcadio Petrovich se sentía molesto sin saber por qué; al mirar aquellos ojos no sabía de qué hablar, y al principio dejaba todo en manos de Pedro Petrovich y se iba de caza.

En la fiesta de Pokrov, Pedro Petrovich quiso admirar a todos con su hospitalidad y hacer ver que él era la primera persona de la casa; pero el abuelo le estorbaba muchísimo. Este daba muestras de una infantil felicidad: hablaba sin tino y presentaba un aspecto mísero con su gorrito de terciopelo adornado con reliquias y su casacón nuevo, desmesuradamente ancho, hecho por un sastre casero. El también se mostraba como un señor afectuoso y cordial y se agitaba desde la madrugada, organizando una tonta ceremonia para la recepción. Una de las hojas de la puerta que separaba el recibidor de la sala no se abría nunca; él personalmente descorrió los pestillos de arriba y abajo de la puerta, colocando él mismo la silla, sobre la que subió, temblándole todo el cuerpo. Luego, abriendo la puerta de par en par, se situó en el umbral, y aprovechando el silencio de Pedro Petrovich, que se moría de vergüenza y de rabia, pero que estaba decidido a soportar todo, no abandonó su puesto hasta después de haber recibido al último invitado. No apartaba sus ojos del portal y mandó abrir las puertas de entrada, diciendo que así lo exigía una antigua costumbre; temblando de emoción, apenas veía entrar a alguien se precipitaba a su encuentro, hacía una pirueta, saltaba y, echando un pie hacia atrás, saludaba con una profunda reverencia, a la vez que, atragantándose, decía a todos, hasta a los desconocidos: " ¡Oh qué contento estoy! ¡Qué contento! Hace mucho tiempo que no me había honrado con su visita. Hágame el favor de pasar. ¡Estoy tan contento...!

También irritaba a Pedro Petrovich el oír al abuelo anunciar a todos y a cada uno que Tonechka se había marchado a Lunevo, a la casa de Olga Kirilova.

—Tonechka, está enferma de melancolía; se ha marchado a

casa de mi hermana para pasar allí el otoño —decía.

¿Qué pensarían las visitas al oír aquellas declaraciones tan inconvenientes? La historia de sus relaciones con Voitkevich era ya conocida de todos. Quizá Voitkevich había tenido intenciones muy serias, cuando suspirando enigmáticamente al lado de Tonechka, tocando con ella a cuatro manos, leyéndole con voz sorda *Ludmila*, le decía con fúnebre tristeza; "Estás desposada con un difunto por la santidad de la palabra..." Pero Tonechka se irritaba furiosamente cada vez que él hacía la más inocente tentativa para expresarle sus sentimientos —ofrecerle, por ejemplo, una flor— y Voitkevich se marchó repentinamente. Poco después de haberse marchado, Tonechka no podía dormir, y por las noches permanecía sentada en la oscuridad al lado de una ventana abierta, como si esperase que se cumpliese un plazo determinado, y luego prorrumpía en sollozos desesperados que despertaban a Pedro Petrovich. Durante un gran rato éste no se levantaba: apretando los dientes escuchaba los sollozos, que se mezclaban con el soñoliento rumor de los álamos, que como el de una lluvia continuada venía del oscuro jardín. Luego iba a tranquilizarla. También acudían las doncellas con caras soñolientas, y algunas veces el abuelo. Entonces Tonechka empezaba a patalear, gritando;

— ¡Dejadme en paz, enemigos mortales míos!

Y todo acaba con insultos y palabras fuertes, faltando poco para que se peleasen.

—Pero ¿no comprendes lo que haces? —decía con voz silbante Pedro Petrovich, después de echar a las doncellas y al abuelo—. ¿No comprendes lo que puede imaginarse la gente?

—¡Ay, ay! —chillaba con frenesí Tonechka—. ¡Padre, padre, que me insultan, diciéndome que estoy embarazada!

Y Pedro Petrovich, cogiéndose la cabeza con las manos, huía de la habitación.

El mismo deseo de cogerse la cabeza con las manos tenía el día de Pokrov. Le inquietaba también la conducta de Gervasko; temía que dijese alguna impertinencia al dirigirle una palabra imprudente.

Gervasko había crecido mucho. Enorme, poco gracioso, pero al mismo tiempo el más vistoso, el más inteligente de todos los criados, estaba vestido aquel día del mismo modo que el abuelo; un casacón azul, unos pantalones anchos del mismo color y unas botas blandas de piel de cabrito, sin tacones. Llevaba atado alrededor de su oscuro y delgado cuello un pañuelo de lana color de lila, y sus negros y rígidos cabellos estaban peinados con raya al lado, aunque cortados, como los de los siervos, a media melena. No tenía nada que afeitar, porque sólo unos rizos adornaban su barbilla y los ángulos de su boca, tan grande, que de ella solían decir: "Una boca hasta las orejas, a la que se podría coser unos lacitos." Huesoso, muy ancho de pecho, flaco, con una cabeza pequeña y profundas las órbitas de los ojos, con los labios finos de un color azulado ceniciento y los dientes fuertes, a este ario producto de Sujodol le habían puesto el apodo de *Galgo*.

Al ver su sonrisa, al oír su tos, a muchos se les ocurría pensar "Pronto te morirás, *Galgo*": pero cuando le hablaban le temían, y aunque era aún un muchacho, le llamaban respetuosamente Gervasio Afanasievich.

También los señores le tenían cierto miedo; se parecían en el carácter a los siervos: o dominaban o temían. La respuesta impertinente de Gervasko el día de la llegada de Pedro Petrovich, con gran asombro de la servidumbre, no tuvo consecuencias. Arcadio Petrovich le dijo lacónicamente:

— ¡Qué tonto eres, amigo!

Y recibió una respuesta no menos lacónica:

— No puedo soportarle, señor.

Y Gervasko, por propia iniciativa, se colocó en la puerta, y separando familiarmente, según su costumbre habitual, sus desproporcionadas piernas metidas en anchísimos pantalones, con la rodilla izquierda doblada, pidió a Pedro Petrovich que le fustigasen.

—Soy demasiado grosero e impetuoso, señor —le dijo indiferentemente, girando sus ojos negros.

Y Pedro Petrovich, viendo en la palabra *impetuoso* una amenaza embolada, tuvo miedo.

—Ya tendremos tiempo —le gritó, fingiendo severidad—. ¡Fuera de aquí! ¡No te puedo ver! ¡Grosero!

Gervasko se quedó en pie, callado. Luego dijo:

—Sea su voluntad.

Conservó durante un rato la misma postura, retorciéndose unos pelos duros sobre el labio superior; enseñó, como un perro, sus dientes azulados, y sin expresar en su rostro ningún pesar salió de la habitación. Desde entonces se dio cuenta de la ventaja de aquel proceder: no expresar nada con la cara y ser lo más lacónico posible en las contestaciones. En cuanto a Pedro Petrovich, no sólo eludía hablar con él, sino que hasta procuraba no mirarle a los ojos.

La misma actitud indiferente y enigmática conservaba Gervasko el día de Pokrov. Todos perdieron la cabeza haciendo los preparativos para la fiesta, dando y recibiendo órdenes, insultándose, discutiendo, fregando los suelos, limpiando con creta azulada la oscura y maciza plata de los iconos, dando patadas a los perros que intentaban entrar en el portal, temiendo que se derritiese la gelatina, que faltasen tenedores, que se quemase la comida; sólo Gervasko sonreía tranquilamente y decía al enfurecido Casimiro, el cocinero alcohólico:

—Más despacio, padre mío; se te romperá el caftán.

—Cuidado con emborracharte —dijo distraído a Gervasko, Pedro Petrovich, nervioso por el presidente de los nobles del distrito.

—Desde que nací no he bebido —le contestó como a un igual Gervasko.

—¡No me interesa eso!

Y más tarde, delante de los invitados, Pedro Petrovich, hasta con cierto respeto, le gritaba fuertemente:

—¡Gervasio Afanasievich! ¡Hazme el favor de no desaparecer, porque sin ti estamos como sin manos!

Y Gervasko, con gran cortesía y dignidad, contestaba:

—No tema, señor; no me atrevería a ausentarme.

Servía como nunca; su conducta justificaba por completo las palabras de Pedro Petrovich, quien en voz alta decía a sus visitas:

—¡No pueden ustedes imaginarse lo mal educado que es este jayán! Pero es verdaderamente listo. ¡Tiene manos de oro!

¿Acaso podía suponer que estaba vertiendo en el cáliz la gota que le haría rebosar?

El abuelo oyó las palabras de su hijo Pedro. Empezó a manosear el cuello de su casacón, y de repente gritó, dirigiéndose al presidente de los nobles, que estaba sentado al otro lado de la mesa:

— "Excelencia! ¡Écheme una mano de socorro! Acudo a usted como a un padre en queja contra mi criado, contra éste Gervasio Afanasiev Kulikov. A cada momento me mata... El...

Le interrumpieron, le persuadieron y le tranquilizaron. El abuelo se había emocionado hasta saltársele las lágrimas; pero todos se pusieron a calmarle con tanto interés y con tal respeto —desde

luego fingido—, que él se rindió y se sintió de nuevo infantilmente feliz.

Gervasko estaba en pie junto a la pared, serio, con los ojos bajos y la cabeza ligeramente vuelta hacia la mesa. El abuelo se fijaba en que aquel gigante tenía la cabeza demasiado pequeña y que lo hubiera sido aún mucho más si se la hubiesen afeitado; que la nuca, con mucho pelo duro, negro y mal cortado, era aguda, formando una prominencia sobre el delgado cuello. El rostro moreno de Gervasko, quemado por el sol y por el viento de estepas, presentaba manchas de un pálido de violeta. El abuelo, aunque alarmado y lleno de miedo, lanzaba miradas a Gervasko y gritaba alegremente a los convidados:

—Está bien, le perdono; pero, en cambio, mis queridos amigos, no dejaré que se vayan de aquí durante tres días. ¡Por nada del mundo les dejaré marchar! Sobre todo les ruego que no se vayan al anochecer. Cuando llega la noche se debilita mi ánimo, ¡y se apoderan de mí una melancolía, un espanto...! El cielo se nubla; en el bosque de Trojino, según dicen, han cogido a otros dos franceses de Bonaparte... Yo me moriré desde luego al anochecer ¡Acuérdense de mis palabras! Me lo ha profetizado Martín Zadeka. Pero se murió al amanecer.

Al fin se salió con la suya. Por consideración hacia él muchos convidados pasaron la noche allí, y durante toda la tarde estuvieron bebiendo té. Había gran cantidad de almíbar de frutas diversas, así que cada uno podía tomar mucho probando de cada clase. Luego pusieron las mesas y encendieron tantas velas de esperma, que, al reflejarse en los espejos, daban a las habitación llenas del humo perfumado del tabaco, de ruido y de conversaciones, el dorado resplandor de una iglesia.

Lo más importante era que muchos convidados se quedaban aquella noche, y esto no sólo anunciaba un nuevo día de alegría, sino también muchos cuidados y preocupaciones; si no fuera por *él*, Pedro Kirilovich, la fiesta no hubiera resultado tan espléndida

"¡Sí...! ¡Sí! —pensaba, nervioso, el abuelo por la noche al quitarse el casacón en su dormitorio, en pie ante el altarcito con las velas de cera encendidas, mirando la ennegrecida imagen de san Mercurio—. Sí..., sí..., la muerte es cruel para un pecador...

¡Que no se ponga el sol mientras que estéis encolerizados!"

Entonces se le ocurrió que tenía que pensar en otra cosa, pero no se acordaba en qué; encorvándose y musitando el salmo L se paseó por la habitación, arregló el papel, para perfumar la alcoba, que se quemaba lentamente sobre la mesita de noche, tomó en su mano el libro de salmos y, abriéndolo, levantó de nuevo sus ojos con un profundo suspiro hacia la imagen del santo decapitado, y de pronto se acordó de lo que quería pensar, y su rostro se iluminó con una sonrisa. "Sí..., sí... ¡Cuando el viejo vive quisieran matarlo, y cuando muere quisieran resucitarlo" Temiendo despertar demasiado tarde y no tener tiempo de dar las órdenes necesarias, casi no durmió. Al amanecer, cuando en las habitaciones, aún no arregladas y llenas de humo de tabaco, había ese silencio especial que sólo suele reinar después de un día de fiesta, salió descalzo, sigilosamente, al salón, recogió con cuidado algunos pedazos de creta que había en el suelo al lado de las abiertas mesas verdes de juego, y al mirar hacia el jardín lanzó una ligera exclamación de asombro viendo el luminoso resplandor del fino azul del cielo, la plata del rocío matutino que cubría el miradero y las balaustradas, el color pardo de la maleza de alrededor y el tejado de la caseta del baño allá en los límites del jardín, entre los álamos, que aun no habían perdido su follaje.

Abrió la puerta y aspiró el aire.

De los escaramujos desprendíase el amargo y húmedo olor de las hojas en fermentación; pero este olor se diluía en la frescura invernal. Y todo estaba inmóvil, tranquilo, casi solemne. Allá, por detrás de la aldea, el sol, apenas nacido, iluminaba las cimas de los medio desnudos abedules de blanco tronco de la avenida, adornados con menudo oro brillante, y en las copas y en los troncos había un precioso, alegre y delicado tono liláceo, con el que se

destacaban sobre el azul del cielo.

Por la fría sombra de debajo del miradero pasó corriendo un perro, haciendo crujir la hierba, quemada por la escarcha y que parecía guarnecida con sal. Aquel crujido anunciaba el invierno, y el abuelo contento y encogiéndose de hombros, volvió al salón, y conteniendo el aliento, se puso a mover y poner en orden los macizos muebles, que hacían crujir el suelo. De vez en cuando lanzaba una mirada al espejo, en el que se reflejaba el cielo azul.

De improviso entró rápidamente y sin hacer ruido Gervasko, sin casacón, con la cara abotagada por el sueño y furioso como un demonio, según contó él mismo más tarde. Entró y dijo ásperamente en voz baja:

— ¡No hagas ruido, tú! ¿Por qué te metes en lo que no te corresponde?

El abuelo levantó la cara excitado, y con aquella ternura que no le abandonaba desde la víspera, le contestó, murmurando:

— ¿Ves cómo eres, Gervasko? Te he perdonado ayer, y tú, en vez de estar agradecido a tu señor...

—Me molestas más que el otoño, ¡viejo imbécil! —le interrumpió Gervasko—. ¡Déjame pasar!

El abuelo miró con miedo aquella nuca, que ahora resaltaba más sobre el delgado cuello que salía de la camisa blanca; pero montando en cólera, empujó con su cuerpo la mesa de juego que quería arrastrar a un rincón.

—Déjame pasar —exclamó en voz baja, después de pensar un instante—. Eres tú el que debe ceder el paso a tu señor. ¡Acabarás por enfadarme y te daré una puñalada en un costado!

—¡Ah! —dijo Gervasko, irritado, haciendo brillar sus dientes y con el revés de la mano le dio un golpe en el pecho.

Una de las hojas del tablero de la mesa estaba ya doblada sobre la otra, pero faltaba girarlas a su sitio y la mitad del cajón quedaba abierto. El abuelo resbaló en el liso entarimado de roble, levantó los brazos en alto y dio un golpe con una sien contra un agudo ángulo de la mesa. Al ver la sangre, los ojos estúpidamente bizcos y la boca abierta del abuelo, Gervasko, sin darse cuenta de lo que hacía, arrancó del cuello, aún tibio, la medalla de oro y la reliquia, colgadas de un cordón muy usado...; miró alrededor de sí y arrancó del dedo meñique el anillo nupcial de la abuela... Luego, rápidamente y sin hacer ruido, desapareció para siempre.

La única persona de Sujodol que le volvió a ver después de este crimen fue Natalia.

## CAPITULO VII

EN tanto que ella vivía en Sochky, sucedieron en Sujodol además del crimen, dos grandes acontecimientos: Pedro Petrovich se casó y los dos hermanos se fueron voluntarios a la guerra de Crimea.

Volvió a Sujodol al cabo de casi dos años; la habían olvidado. Al volver no reconoció a Sujodol, así como Sujodol no la reconoció a ella.

Aquella tarde de verano, cuando el carro de la casa señorial chirrió al lado de la cabaña de la granja y Natalia salió apresurada a la puerta. Evsei Bodulia exclamó asombrado:

— ¿Es posible que seas tú Natachka?

— ¿Pues quién ha de ser? — contestó ella con una sonrisa.

Evsei meneó la cabeza.

— ¡Qué fea te has vuelto!

El cambio consistía en que no se parecía a la Natachka de antes. De una muchacha con el pelo cortado, la cara redonda y los ojos serenos, se había transformado en una joven no muy alta, pero esbelta; flaca, pero no enfermiza; discreta en sus preguntas y respuestas. Estaba descalza; vestía una vieja *platja*<sup>5</sup> y una camisa bordada; cubría la cabeza con un pañuelo oscuro, según la costumbre de las viejas de su pueblo, y del sol estaba morena y como salpicada con menudas pecas color de mijo.

A Evsei, a este verdadero hijo de Sujodol, el pañuelo oscuro,

---

<sup>5</sup> Trozo rectangular de paño que se arrolla muy ceñido al cuerpo, a modo de falda muy estrecha, sujetándola a la cintura con una faja y dejando sobresalir por abajo como un palmo de la prenda blanca interior

el tinte moreno y las pecas le parecieron desde luego feos. Ella misma sabía que todo aquello no era bonito; pero cualquiera habría podido notar en la fina sonrisa con que había dicho: "¿Y quién ha de ser?", que estaba orgullosa por la transformación sufrida y que hasta parecía contenta de no ser bonita.

Durante el camino de Sochky a Sujodol, Evsei le dijo:

—Estás hecha una moza casadera. ¿Quieres casarte?

Ella meneó la cabeza.

—No tío Evsei; no me casaré nunca.

—¿Por qué? —preguntó Evsei, y hasta se quitó la pipa de la boca.

Y ella, sin darse prisa, medio en serio medio en broma, le explicó:

—No todas pueden casarse.

Seguramente la destinaron a servir a la señorita, y como ésta se había consagrado a Dios, no le permitía que se casase. Además, había tenido muchos sueños proféticos.

—¿Y qué has soñado? —le preguntó Evsei.

—Nada, tonterías—dijo ella—. Por poco me muero de susto el día que Gervasko me contó todo; me quedé pensando en lo ocurrido... y se conoce que por eso tuve sueños.

— ¿Pero es verdad que Gervasko almorzó en la granja?

—Sí, almorzó. Llegó allí y dijo; "He venido por orden de mis señores para un asunto importante; pero dadme antes de comer." Le sirvieron el almuerzo como si fuese un hombre honrado, y él comió; luego salió de la cabaña y me hizo una seña. Corrí tras él, y a la vuelta de la esquina me contó todo con los menores detalles, y luego

se fue...

— ¿Y por qué no llamaste a los dueños?

— ¡Quiá! Me amenazó con matarme, y me prohibió decirles nada hasta la hora de la comida. A ellos les dijo: "Voy a dormir un rato al almacén."

Al llegar a Sujodol, toda la servidumbre la miraba con curiosidad, y sus amigas y compañeras la ponían en gran aprieto a fuerza de preguntas; pero también a ellas les contestaba lacónicamente, como admirada por desempeñar un papel que ella misma se había asignado.

— Allí se estaba muy bien —repetía siempre.

Y una vez dijo con el tono de una peregrina:

— Dios cuida de todos. Se estaba bien allí.

Y con gran sencillez, sin retardos, empezó la laboriosa vida cotidiana, pareciendo no asombrarse mucho de que el abuelo hubiese muerto, de que los señoritos se hubieran marchado a la guerra como voluntarios, de que la señorita hubiese perdido la razón y errase por las habitaciones como antes el abuelo y de que en Sujodol gobernase una nueva y desconocida señora, bajita, gruesa, muy viva, embarazada, educada en un colegio de Moscú y ex institutriz de los hijos de los señores de Cherkizoy, que llamaba Petrucha a Pedro Petrovich.

La señora gritó durante la comida:

— ¡Llamad aquí a esa., a Natachka!

Y Natachka entró apresurada y sin hacer ruido; se persignó, hizo una reverencia ante las imágenes de los santos colgados en un rincón; luego saludó a la señora y a la señorita y se quedó en pie esperando preguntas y órdenes. Fue la señora la que preguntó mientras la señorita, muy crecida, adelgazada, con la nariz afilada,

no pronunció ni una palabra, limitándose a clavar en ella sus ojos extraordinariamente negros. Fue la señora la que le ordenó que estuviese al servicio de la señorita, y Natachka saludó y dijo con sencillez:

—Estoy a su disposición.

Aquella misma noche la señorita, que la miraba siempre con indiferencia, porque al acostarse Natachka le quitó con poca habilidad una media, se le echó de repente encima, y bizcando con rabia los ojos, le arrancó cruelmente y como con satisfacción unos mechones de pelo.

Natachka se puso a llorar como un niño, pero no dijo nada, y entrando en el cuarto de las doncellas se sentó en el alféizar de la ventana, y mirando los arrancados mechones de pelo, hasta sonrió a través de las lágrimas que como un rocío mojaban sus pestañas. "¡Qué violenta es! —pensó—. No será fácil servirla."

A la mañana siguiente la señorita permaneció durante mucho tiempo despierta en la cama, y Natachka, en pie en el quicio de la puerta, con la cabeza baja, miraba de vez en cuando de soslayo el pálido rostro.

—¿Y qué has soñado? —preguntó la señorita con tal indiferencia que parecía ser otra persona la que hablaba.

Natachka le contestó:

—Me parece que nada.

Entonces la señorita, con la misma rapidez que la víspera, saltó de la cama y le tiró con furia una taza de té. Luego, echándose sobre el lecho, prorrumpió en gritos y amargos sollozos.

Natachka esquivó la taza.

El caso es que a las doncellas, que a la pregunta de los sueños contestaban diciendo: "No he soñado nada", la señorita les gritaba

alguna vez: " ¡Pero inventa algo!"

Y como Natalia no era hábil para mentir, tuvo que desarrollar otra habilidad: la de sortear los objetos que le arrojaban a la cabeza, cosa que pronto consiguió hacer con sorprendente habilidad.

Vino un médico a ver a la señorita, y diagnosticando una enfermedad de pecho, le recetó una porción de píldoras y gotas negras. Temiendo que la envenenasen hizo probar las píldoras y las gotas a Natachka, y ésta, sin negarse, las probó todas unas tras otras.

Poco tiempo después de llegar a Sujodol se enteró de que la señorita la había estado esperando "como a la luz del día"; que fue la señorita la que se había acordado de ella, y que no apartaba la vista del camino de Sochky, asegurando vivamente a todos que se curaría por completo y se libraría de todos los dolores y mrelancolías apenas volviese Natachka. Esta volvió y fue recibida con una indiferencia absoluta. Pero las lágrimas de la señorita ¿no serían lágrimas de amarga desilusión?; la cruel idea de hacer probar a Natachka las medicinas ¿no sería debida a una violenta sed de curarse? Natachka sintió conmoverse su corazón al meditar sobre esto.

Salió al pasillo, se sentó sobre un cofre y de nuevo se puso a llorar. Lloraba muy bajito, gozándose en sus lágrimas, fijando constantemente, a imitación de los campesinos, la vista, nublada por el llanto, en un punto cualquiera, y al acordarse del espejo, de su viaje a Sochky, de todo lo experimentado allí, empezaba otra vez, arrugando infantilmente la cara, a lamentarse en voz baja,

— ¿Qué, estás mejor ahora? —le preguntó la señorita cuando Natachka entró en su cuarto con los ojos hinchados por el llanto.

—Sí, estoy mejor —murmuró Natachka, aunque las medicinas le paralizaban el corazón y se sentía mareada, y acercándose a la señorita le besó cariñosamente la mano.

Y durante un gran rato anduvo con la vista baja, temiendo

levantar las pestañas, enternecida por la pena que le causaba la señorita y su propia soledad.

— ¡Oh, tú eres una ucraniana pérfida! —le gritó una vez Solochka, una de las compañeras del cuarto de las doncellas, la que con más frecuencia que las demás intentaba ser confidente de todos sus secretos y sentimientos y que nunca recibió más que respuestas cortas y sencillas que imposibilitaban el encanto de la amistad.

Natachka sonrió con tristeza.

— ¡Y es verdad! —dijo pensativa—. Con quien vives, de él aprendes; alguna vez me entristezco tanto con el recuerdo de mis padres como con el de mis ucranianos de Sochky...

Pero no dijo verdad. A pesar de que se acordaba con cariño de Sochky y de que con gusto hubiera contado muchas cosas de la granja, si no fuese por impedírselo el papel que quería representar, nunca pudo considerar a los ucranianos de la granja como a sus padres.

Los primeros tiempos que pasó en Sochky no dio ninguna importancia a todo lo nuevo que la rodeaba.

Llegaron al amanecer, y lo primero que le llamó la atención fue que vista de lejos en medio de las llanuras, la cabaña era muy larga y blanca; que la ucraniana ocupada en encender la lumbre del horno la saludó con afabilidad y que el ucraniano no escuchaba a Evsei. Este charlaba sin cesar de sus señores, de Damiano. del calor que había tenido en el viaje, de lo que habían comido en la ciudad, de Pedro Petrovich y desde luego de lo del espejo; y el ucraniano, al cual en Sujodol llamaban Barsuk, no hacía más que menear la cabeza, y de pronto, cuando Evsei se calló, lo miró distraído y comenzó a cantar alegremente...

Más tarde, cuando su espíritu fue serenándose, empezó a sorprenderle todo lo que veía en la granja, encontrando en ella cada vez más encanto y una mayor diferencia con Sujodol. ¡La casa, por sí

sola, era ya superior, con su blancura y su cubierta de cañas igual y bien arreglada! ¡Qué lujoso parecía el interior de esta cabaña al compararlo con la descuidada miseria de las casuchas de Sujodol! ¡Qué preciosos iconos estaban colgados en un rincón de la habitación! ¡Qué maravillosas flores de papel los adoraban! ¡Qué hermosas eran las abigarradas toallas que colgaban alrededor de ellos! ¡Y el mantel bordado que cubría la mesa! ¡Y el horno...! Pero lo más raro de todo eran los arrendatarios. No comprendía bien en qué consistía su rareza, pero se daba siempre cuenta de ella. Nunca había visto campesinos aseados, tranquilos y buenos como Barsuk. No era alto; tenía la cabeza en forma de cuña, con el cuello corto y plateado; el bigote también plateado y fino; parecido al de los tártaros; la cara y el cuello tostados por el sol y con arrugas profundamente marcadas, como hechas a propósito para darle más carácter a su rostro.

Andaba torpemente, porque sus botas eran muy pesadas; en ellas entraban los pantalones, de burdo lienzo blanqueado, que se ajustaban sobre una camisa del mismo lienzo, muy ancha desde debajo de los brazos y con un cuello doble. Cuando andaba se encorvaba un poco. Pero ni este modo de andar, ni las arrugas ni las canas le daban aspecto de viejo: no tenía en su rostro la expresión de flojedad y cansancio que tenemos nosotros, y sus ojos, pequeños, miraban agudamente con mirada fina y burlona. Barsuk le recordaba a Natalia el viejo siervo que fue una vez a Sujodol acompañado de un muchacho que tocaba el violín. A la ucraniana Marina, le pusieron los vecinos de Sujodol el sobrenombre de *Lanza*; esta mujer era alta, esbelta, a pesar de sus cincuenta años, y el sol había cubierto de un tinte bronceado el feo cutis de su cara de anchos carrillos, de expresión algo dura, pero casi bella, por la rectitud y seria vivacidad de sus ojos, que como los de los gatos, cambiaban de color, pareciendo ora de ágata, ora de ámbar gris. Un gran pañuelo negro tornasolado con puntitos rojos se elevaba sobre su cabeza en forma de alto turbante, y una *platja* corta y negra, que hacía resaltar la blancura de su camisa, ceñía estrechamente sus alargadas formas juveniles. No llevaba medias y calzaba zapatos con tacones claveteados. Sus pantorrillas, finas y redondas, pero

tostadas por el sol, Parecían de amarillenta madera pulimentada.

Cuando en las horas de trabajo cantaba con las cejas fruncidas y con potente voz de pecho la canción del sitio de Pochaev por los infieles, que decía: "Bajó el crepúsculo y se extendió por Pochaev...", describiendo cómo la Virgen salvó el santo monasterio, su voz gemía con acento de desesperación algo religioso, y eran tanta la majestuosidad y el vigor, que Natachka, sobrecogida de espanto y llena de entusiasmo, no podía apartar sus ojos de ella.

Los ucranianos no tenían hijos. Natachka era huérfana, y si hubiera vivido con una familia de Sujodol le hubieran llamado unas veces ahijada y otras ladrona; a ratos le hubieran tenido compasión y a ratos la llenarían de injurias. Pero los ucranianos eran de un trato frío y siempre igual; no eran ni curiosos ni habladores.

En otoño venían a la siega y a la trilla mujeres y muchachas de Kulanga, a las que por sus trajes anchos y abigarrados llamaban "barriles". En estas épocas la granja se llenaba de ruido y las conversaciones no cesaban. Pero Natachka se apartaba de las "barriles", estas mujeres tenían fama de ser de malas costumbres; eran de abultados pechos, descaradas e insolentes; se insultaban con palabras soeces y sentían cierta satisfacción en esparcir sus dichos groseros por todas partes; montaban a caballo a horcajadas y corrían como locas.

El dolor de Natachka se hubiera disuelto en un ambiente familiar, en confidencias, en lágrimas y en canciones; pero sus canciones no armonizaban con las de las demás. Las "barriles" entonaban las canciones con voz ordinaria, repitiéndolas a coro con una desmesurada animación y vigor, acompañándose con gritos y silbidos. Barsuk solía cantar aires burlescos y alegres parecidos a los bailes, y Marina, en todas sus canciones, aunque fueran de amor, era orgullosa, severa y melancólicamente triste.

"En el dique susurran los sauces que he plantado", cantaba con melancólica languidez, y luego, bajando el tono de la voz, añadía firme y desesperada: "No está el que yo quería."

¿Y qué sabía Natalia de canciones? ¿Qué había quedado en Sujodol sino una degeneración de la canción eslava? Sólo las quejas sobre la muerte, sobre los padres, "que obligan a casarse contra la voluntad con un esposo odiado y a entrar en casa de una cruel suegra y de crueles cuñados." O a lo más, tímidos reproches al que tanto había prometido y luego abandonado: " ¡No fue ayer cuando delante de todos me llamaste tuya?"

En la soledad de Sochky bebió lentamente el dulce—amargo veneno del primer amor no correspondido, sufrió la deshonra y los celos, tuvo sueños que llenaban de espanto y ternura sus noches y esperanzas e irrealizables ilusiones que la hacían languidecer durante los silenciosos días de la estepa. A menudo el sentimiento por haber recibido una ofensa era sustituido en su corazón por la ternura, los de pasión *y* desengaño, por *los* de sumisión y deseos de estar cerca de él ocupando el más humilde, el más insignificante puesto, por el deseo del amor oculto para siempre a los ojos ajenos, un amor que nada esperaba ni nada reclamaba... Las noticias que llegaban de Sujodol la traían a la realidad; pero en cuanto pasaba una temporada larga sin tenerlas perdía la noción de las miserias de la vida cotidiana de la aldea y de nuevo le parecía Sujodol tan hermoso y atractivo que le faltaban fuerzas para soportar la soledad y el dolor... De improviso apareció Gervasko. Con brusca rapidez le hizo conocer todas las novedades ocurridas en Sujodol, contándole en media hora lo que otro no hubiera podido relatar en un día, sin ocultarle que con un empujón había matado al abuelo, y al final dijo con firmeza:

— ¡Y ahora, adiós para siempre!

Abrazándola con sus grandes ojos, le gritó cuando ya se dirigía hacia el camino:

— ¡Ya es hora de olvidar esas tonterías! Un día u otro se casará él y no te querrá ni siquiera como querida. ¡Vuelve en ti!

Y ella volvió en sí. Dominó el horror de aquellas noticias, volvió en sí y recobró el juicio.

Luego los días se arrastraron monótonos y aburridos como las peregrinas que pasaban por delante de la granja, y mientras descansaban sostenían largas conversaciones con ella, aconsejándole paciencia y esperanza en la misericordia de Dios —cuyo nombre pronunciaban con lastimera torpeza—, y sobre todo recomendándole no pensar.

—Pienses o no, nada será según quieras que sea —decían las peregrinas, arreglándose el calzado de líber, arrugando las caras cansadas y mirando como un éxtasis las llanuras de las estepas—. Dios tiene de todo... Danos, joven, unas cuantas cebollas, pero sin que te vean.

Algunas, siguiendo la costumbre general, la asustaban, hablandole de los pecados y del otro mundo y profetizando más desgracias y horrores. Y una vez tuvo, casi consecutivos, dos sueños espantosos. Estaba siempre pensando en Sujodol —al principio le era difícil desechar este pensamiento—: pensaba en la señorita, en el abuelo, en su porvenir; intentaba adivinar si se casaría, cuando y con quién... Un día, pensando en todo esto, pasó de un modo tan imperceptible al sueño, que le pareció que en realidad eran las horas de la tarde de un polvoriento, ventoso y abrasador día y que ella misma corría con cubos en dirección al estanque. De repente apareció en una pendiente de barro seco un monstruoso campesino: enano, con una enorme cabeza, botas rotas, sin gorra con una melena de cabellos rojos desgredados por el viento, en camisa y con una faja de color encendido que ondeaba en el aire.

— ¡Abuelito! —le gritó aturdida por la inquietud y el terror—  
¿Habrà incendio?

—Muy pronto se quemará hasta la última viga —contestó gritando el enano, y el viento abrasador casi ensordecía su voz—. ¡Sube una nube enorme! ¡No pienses en casarte...!

Y el otro sueño fue aún más espantoso: le parecía estar a mediodía en una cabaña vacía con la puerta cerrada por alguien; estaba palpitante esperando algo, y de pronto salió de detrás de la

estufa un enorme macho cabrío gris, se encabritó y se precipitó hacia ella lúbrico, excitado, con los ojos suplicantes alegremente furiosos y ardientes como brasas. "Soy tu novio", exclamó con voz humana, y acercándose a ella rápidamente con torpe pataleo de sus pequeños cascos posteriores, le echó con las patas delanteras todo su peso sobre el pecho...

Después de tales sueños saltaba de su lecho, y sentada en la entrada casi se moría de los latidos de su corazón, del miedo que le inspiraba la oscuridad y de pensar que no tenía a nadie a quien pedir socorro.

— ¡Jesús santísimo! —murmuraba de prisa—. ¡Madre de Dios! ¡Santos milagrosos!

Pero como ella se representaba a todos los santos oscuros y decapitados como san Mercurio, sentía aún más miedo.

Y cuando se puso a reflexionar acerca de sus sueños dedujo que su juventud había acabado, que su destino estaba ya trazado: el amor al señor. ¡No en vano había tenido en su vida este hecho extraordinario! Estaba segura de que le esperaban aún más desgracias, y era necesario imitar a los ucranianos en las maneras reservadas y a los peregrinos en la sencillez y humanidad. Y como a todos los nacidos en Sujodol les gusta convencerse a sí mismos de que fatalmente ocurre lo que debe ser *y* desean desempeñar un papel cualquiera, aunque sean ellos mismos los que lo inventen, Natachka se propuso desempeñar también su papel.

## CAPITULO VIII

De alegría sintió una gran pesadez en las piernas cuando la víspera del día de san Pedro comprendió que Bodulia venía a buscarla; salió corriendo a la puerta en el momento que llegaba el empolvorado carro de Sujodol y vio la vieja gorra sobre los enmarañados cabellos de Bodulia, la barba enredada y desteñida por el sol, la cara cansada y prematuramente envejecida, casi desfigurada por la miseria y fea por la irregularidad de las facciones; vio al conocido perro, también de pelo revuelto, que tenía cierto parecido, no sólo con Bodulia, sino con todo Sujodol: con lana sucia en el lomo y en el pecho, formando como una gola alrededor del cuello, todo gris, como ahumado por el humo oscuro de la choza, Bodulia en seguida manifestó su asombro, pero ella lo dominó; se sintió orgullosa de desempeñar su papel. Bodulia charlaba de todo lo que se le ocurría; hablaba de la guerra, ya parecía que se alegraba o ya que se afligía. Natachka decía sentenciosamente: "De seguro que es necesario cortarles un poco las alas a los franceses..."

Todo el largo día de su viaje a Sujodol lo pasó sintiendo la penosa impresión que le producía mirar con otros ojos todo lo antiguo y conocido, dándose cuenta, al acercarse a su aldea natal, de su manera de ser de antes, notando las transformaciones y reconociendo a los transeúntes. En el barbecho, junto a la vuelta que da la carretera, corría un potro de tres años; un muchacho, con el pie descalzo en el estribo de cuerda, se agarraba al cuello del potro, esforzándose en pasar por encima del lomo el otro pie; pero el potro, corriendo y dándole sacudidas, no le dejaba. Natachka se emocionó grandemente al reconocer en el chico a Fomka Pantiujin. Luego tropezaron con el viejo centenario Nazaruchka, sentado en un carro vacío, ya no como un campesino, sino como una mujer, con las piernas totalmente extendidas, con los hombros levantados y como en tensión los ojos incoloros y penosamente tristes, enflaquecido de tal modo que "no quedaba nada para poner en el ataúd"; sin gorra y con una camisa larga azulada por la ceniza y por la permanencia continuada sobre la estufa, Y otra vez vibró el alma de Natachka,

acordándose de que hacía tres años el bueno y apático Arcadio Petrovich quería fustigar a Nazaruchka por haber sido cogido en la huerta con un pedazo de rábano entre las manos, y la servidumbre, cercando al viejo, que lloraba y medio muerto de miedo, le gritaba, riendo a carcajadas:

— ¡No chilles, abuelo! ¡Tendrás que quitarte los pantalones!

¡Y cómo latió su corazón cuando vio el prado, las filas de las cabañas y la casa de sus señores; el jardín, el alto techado de la casa, las paredes posteriores de la cabaña de la servidumbre, de los almacenes y de las cuadras! El campo, sembrado de centeno amarillo, lleno de acianos, llegaba hasta muy cerca de estas paredes, de los zarzales y de los lampazos; un blanco ternero, manchado de pardo, estaba sumergido entre la avena comiendo las espigas. Todo a su alrededor era pacífico, sencillo, ordinario; pero, sin embargo, sentía una extraña alarma, que iba creciendo y llegó a perturbar su razón, cuando el carro retumbó en el ancho patio, donde los galgos, dormidos, blanqueaban como las losas en un cementerio, cuando por primera vez, después de dos años de estancia en en la cabaña de la granja, entró en la fresca casa, que exhalaba el conocido olor a velas de cera, a tila, al cuarto del aparador, a la silla de montar de Arcadio Petrovich, tirada en un banco en la antesala, y a las vacías jaulas de las codornices que colgaban de la ventana; cuando miró tímidamente a la imagen de san Mercurio, trasladada desde las habitaciones del abuelo a un rincón de la antesala...

La tenebrosa sala estaba, como antes, alegremente iluminada por el sol, cuyos rayos entraban del jardín por las pequeñas ventanas. Un pollo, que había entrado en la casa no se sabía cómo, piaba lastimeramente errando por el salón. Las flores del tilo se secaban, exhalando su perfume en los brillantes y calientes alféizares de las ventanas... Parecía que todo lo viejo revivía, que había rejuvenecido, como sucede siempre en las casas después de la muerte de alguien. En todo, absolutamente en todo, pero especialmente en el olor de las flores, sentía una parte de su propia alma, de su infancia, de su adolescencia y de su primer amor. Sentía

pena a! ver que unos habían nacido y otros habían muerto; sentía pena por la señorita y por ella misma. Sus compañeros y compañeras habían crecido; muchos viejos y viejas de cabezas temblorosas, que de vez en cuando miraban con torpeza desde las puertas de las cabañas de la servidumbre, habían desaparecido para siempre. Desaparecida Daría Ustinovna; desaparecido el abuelo, quien tan infantilmente temía la muerte, creyendo que ésta se apoderaría de él poco a poco, preparándolo, para la hora fatal, pero que su guadaña segó con la rapidez de un relámpago. Le parecía imposible que no existiese y que su cuerpo se pudriese debajo de la piedra sepulcral, allí, al lado de la iglesia de la aldea de Cherkizov. Le parecía imposible que aquella mujer flaca, negra y de nariz afilada, ya furiosa, ya indiferente, que unas veces charlaba con ella como una igual y otras le arrancaba el pelo, fuese la señorita Tonechka. No podía comprender por qué gobernaba en la casa una Claudia Markovna, pequeña, regañona, con bigote negro... Un día Natachka entró tímidamente en el cuarto de la señora y vio el fatal espejo en su marco de plata. Todos sus apuros de antes, sus alegrías, su ternura, la esperanza de felicidad, la deshonra, el dolor de los húmedos lampazos, el rocío del crepúsculo..., todo se precipitó en su corazón, haciéndole latir dulcemente. Pero siempre sepultaba en su alma, ocultándolos, todos sus sentimientos y recuerdos, y para dominarse y tranquilizarse repetía las palabras de las peregrinas, que le parecían ser el colmo de la sabiduría: "Dios tiene de todo..." ¡La antigua sangre de Sujodol corría por sus venas!

Demasiado insulso era el pan que comía, pan que producía la arcillosa tierra que rodeaba a Sujodol. Demasiada insulsa era el agua que bebía de los estanques excavados por sus abuelos en el lecho del agotado río. No temía al látigo ni al potro: sólo temía que se burlasen de ella. No le asustaban los penosos días de trabajo; le asustaba lo extraordinario. La misma muerte no le causaba horror; pero la hacían temblar las tinieblas de la noche, la tempestad, los sueños y el fuego. Llevaba en sí, como si fuese a un niño en sus entrañas, el vago esperar de unas inevitables desgracias. Y llegaron, llegaron demasiado pronto, interrumpiendo la vida ordinaria, que les cedió para siempre su sitio.

Esta espera la envejecía. Además, constantemente se imbuía la idea de que su juventud había ya pasado, y buscaba en todo una prueba de ello. Aun no había pasado un año de su retorno a Sujodol, y ni siquiera quedaba en ella rastro de aquella sensación de juventud que sintió al pisar el umbral de la casa de sus señores.

Claudia Markovna dio a luz un niño. Nombraron niñera a Fedosia, la que cuidaba las aves, y esta mujer, joven aún, vistió un traje oscuro de vieja y se hizo humilde y beata. Al nuevo Iruschov, cuando apenas abría sus inexpresivos ojos color de leche, apenas echaba burbujas de saliva por la boca, caía impotente hacia delante, vencido por el peso de su propia cabeza, y gritaba ferozmente, ya le llamaban señorito. En el cuarto de los niños se oían las antiguas frases: "Aquí está el viejo con el saco... No, viejo, no, no entres aquí; no te daremos al señorito, porque no llorará más..."

Y Natachka imitaba a Fedosia, creyéndose también niñera — niñera y amiga— de su señorita enferma.

En el invierno murió Olga Kirilovna, y Natachka pidió permiso para ir al entierro en compañía de las viejas que acababan su vida en las cabañas de la servidumbre; comió allí la *cutia*, que le dio asco con su sabor soso y demasiado dulce, y al volver a Sujodol contaba con enternecimiento que la difunta señora parecía viva en el ataúd, aunque ni las viejas se atrevieron a mirar aquel cuerpo tan monstruoso.

En la primavera trajeron, para que viese a la señorita, un hechicero de la aldea Chermachnoe, al célebre Klim Erojin. Era éste un rico propietario—campesino, de aspecto aseado, con una gran barba gris y cabellos ondulados del mismo color peinados con una raya; un hombre sensato, muy razonable y sencillo en el trato ordinario, pero que se transformaba en mago al tratar con los enfermos. Sus vestidos se componían de un caftán color de hierro, una faja encarnada y botas altas extraordinariamente fuertes y limpias. Sus ojos, pequeños, eran astutos, vigilantes y tenían una expresión religiosa. Al entrar en las casas buscaba prudentemente las imágenes de los santos, y encorvando ligeramente su esbelta

figura entablaba una discreta conversación. Al principio hablaba de los sembrados, de las lluvias y de la sequía; luego bebía el té lentamente, se persignaba otra vez, y después de todo esto, cambiando bruscamente de tono, preguntaba por el enfermo.

—Crepúsculo..., está oscureciendo..., ya es hora —decía misteriosamente.

La señorita, cuando al entrar la noche esperaba sentada en su cuarto que Klim apareciese en el marco de la puerta, se ponía tan nerviosa, que todo su cuerpo temblaba y faltaba poco para que se arrojase al suelo sacudida por las convulsiones. Natalia, que permanecía a su lado, estaba también llena de espanto. Todos en la casa se callaban; la señorita llamaba a todas las doncellas a su cuarto y hablaba en voz baja. Nadie osaba hablar en voz alta ni para encender una luz. La alegre Salachka, que se quedaba en el pasillo para atender las llamadas u órdenes de Klim, sentía que se le nublaba la vista y notaba en la garganta los latidos del corazón; Klim pasaba por delante de ella, desatando al paso un pañuelo en el que llevaba unos huesecillos mágicos; luego en la alcoba de la señorita resonaba, en medio de un silencio sepulcral, su fuerte y fingida voz:

— ¡Levántate, esclava de Dios!

Después asomaba su cabeza gris por la puerta abierta.

Una tabla —decía con una voz sin vida.

Y en la tabla tendida en el suelo, colocaban a la señorita, fría como un muerto y con los ojos saliéndosele de las órbitas por el terror. El cuarto estaba tan oscuro que Natalia apenas distinguía el rostro de Klim; de repente éste empezaba a exclamar con voz extraña, que parecía venir de lejos:

—Entrará Fílat..., abrirá las ventanas..., abrirá las puertas..., gritará, diciendo; "¡Angustia! ¡Angustia!" ¡Angustia! —exclamaba con fuerza repentina y un poder amenazador—. Vete, angustia, a los

bosques oscuros, ¡Aquellos son tus lugares! En el mar, en el océano —tartamudeaba con voz sorda y siniestra—: en el mar, en el océano, en la isla Buian se halla un tronco...

Natalia pensaba, que no había, que no podía haber palabras más espantosas que éstas, que en un instante llevaban su alma allá, al extremo de un mundo salvaje, legendario y primitivo.

Y era imposible no tener fe en el poder de estas palabras; el mismo Klim tenía que creer en ellas, porque algunas veces hacía verdaderos milagros sobre los enfermos; el mismo Klim, que después de cada sesión, con tanta sencillez y modestia decía, sentado en la antesala, secándose el sudor de la frente con un pañuelo y bebiendo otra vez té:

—Todavía quedan dos noches... Puede ser, si Dios quiere, que se alivie un poquito... ¿Han sembrado este año el alforfón en su casa? Dicen que este año es muy bueno, ¡muy bueno!

Esperaban que en el verano llegasen los señores de Crimea. Pero Arcadio Petrovich envió una carta certificada, pidiendo otra vez dinero y anunciando que hasta principios de otoño no les sería posible volver, a causa de una herida que sufría Pedro Petrovich, que, aunque no grave, exigía un largo reposo. Enviaron a Cherkizov a preguntar a la adivinadora Danilovna si Pedro Petrovich curaría de su herida. Danilovna se puso a bailar, castañeteando los dedos, lo que significaba que todo acabaría bien. La señora se tranquilizó. A la señorita y a Natalia les importaba poco todo lo de ellos. La señorita, al principio, se alivió un poco; pero desde el día de san Pedro el mal se apoderó de ella otra vez. Volvió la angustia, el miedo a las tormentas, a los incendios y a algo que ocultaba; poco les importaban los hermanos a ella y a Natalia. Esta, cada vez que rezaba oraba por la salud de Pedro Petrovich, como después de muerto rezó por su alma durante toda la vida; pero la señorita le era la más íntima de todos, y se sentía contagiada por ella cada vez más y más con sus miedos del temor de desgracias próximas y de todo lo que escondía en su alma.

El verano era abrasador, polvoriento, con fuertes vientos y con tormentas diarias. Entre la gente corrían alarmantes y vagos rumores, ya de una nueva guerra, ya de motines e incendios. Unos decían que pronto serían libres todos los campesinos; otros aseguraban que, al contrario, al empezar el otoño harían una leva y tendrían que entrar en filas todos, hasta el último.

Y como suele ocurrir siempre en estas cosas, aparecieron sinnúmero de vagabundos, iluminados y monjes. La señorita casi se peleaba con la señora a causa de éstos, proveyéndoles de pan y huevos. Venía un tal Dronia, de pelo rojo, todo andrajoso; éste era un borracho, pero se hacía pasar por muy religioso; andaba por el patio como en éxtasis, hasta que al llegar a la casa se daba golpes en la pared con la cabeza y saltaba atrás con semblante alegre.

— ¡Pajaritos míos! —exclamaba con voz de tiple, dando brincos retorciendo todo el cuerpo y poniéndose la mano derecha en la frente, a modo de pantalla, como para preservarse del sol—. ¡Volaron, volaron mis pajaritos al cielo...!

Natalia, imitando a los campesinos, le miraba como debe mirarse a los seres benditos: con torpeza y compasión, y la señorita se lanzaba a la ventana y gritaba llorando con voz lastimera:

—Santo, milagroso Dronia, ¡ruega al Señor por mi alma pecadora!

Al oír este grito se paraban los ojos de Natalia, la cual hacía tremendas suposiciones.

Venía también de la aldea Klichino un tal Timocha; era éste un hombre pequeño, muy graso, con los pechos desarrollados como los de una mujer, la cara de un niño bizco, atontado, de pelo amarillo y ahogándose por su gordura; vestía una camisa blanca de percal y unos pantalones cortos de la misma tela; andaba con paso menudo y apresurado con sus pequeños e hinchados pies, pisando sobre el suelo; al acercarse al portal sus estrechos ojos tenían la misma expresión que si acabase de salir del agua o de salvarse de

una muerte inminente.

— ¡Desgracia! — tartamudeaba ahogándose—. ¡Desgracia...!

Le tranquilizaban, le daban de comer y esperaban de él una profecía; pero no hablaba; gruñía y devoraba con avidez. Después de llenarse la barriga se echaba el saco a la espalda y buscaba con inquietud su largo bastón.

—¿Cuándo vendrás otra vez, Timocha? —le gritaba la señorita.

Y él, ya en marcha, contestaba también gritando con una voz de contralto extraña y aguda equivocando a propósito el nombre de la señorita:

— ¡La Semana Santa, Lukianovna!

La señorita daba un gemido lastimero y le gritaba en un tono en que parecía reconocer la santidad del vagabundo:

— ¡Santo milagroso! ¡Reza a Dios por el alma pecadora de María Egipcíaca!

Los demás se persignaban y suspiraban porque casi diariamente llegaban de todas partes noticias anunciando desgracias, tormentas incendios. También en Sujodol iba creciendo el antiguo temor al fuego. Apenas empezaba a oscurecer el amarillento mar de los sembrados maduros bajo la nube que subía por detrás de la casa; apenas se elevaba en el aire el primer torbellino pasando por el prado y retumbaba pesadamente el primer trueno, todos los campesinos se apresuraban a sacar al umbral de sus puertas las oscuras tablas de los iconos y a preparar los pucheros de leche, la que, como es sabido, es la que apaga más pronto el fuego. En la casa echaban las tijeras a las ortigas, sacaban la sagrada y espantosa toalla, tapaban las ventanas, encendían con manos temblorosas las velas de cera... La misma señora, ora lo fingía, ora de verdad se contagiaba del espanto general. Antes decía que "las

tormentas eran una manifestación de la naturaleza"; pero ahora se persignaba también, cerraba los ojos, lanzaba gritos al brillar los relámpagos y aumentaba su miedo y el de los que la rodeaban con el relato de una tormenta extraordinaria que había ocurrido en el Tirol en el año 1771 y que había matado a ciento once hombres a la vez. Los oyentes se apresuraban a relatar cada uno lo que recordaba: ya era un sauce de la carretera carbonizado por completo por un rayo, ya una mujer muerta hacía poco por el trueno en la aldea de Cherkizov, o bien una *troika* cuyos caballos estaban de tal modo aturdidos por la tormenta que de repente cayeron de rodillas en medio del camino... Al fin, a todas estas escenas y esta vida se pegó un tal Yuchka, "un monje culpable", como solía llamarse él mismo...

## CAPITULO IX

YUCHKA era un campesino; pero nunca había tenido en sus manos un instrumento de trabajo y vivía donde podía pagando el pan y la sal con relatos acerca de su absoluta ociosidad y de "su culpa"

—Soy campesino, amigo; pero soy listo como un jorobado —decía—, ¿Para qué trabajar?

Y en verdad que parecía un jorobado; tenía la mirada aguda y mordaz, la cara sin barba ni bigote y los hombros un poco levantados a causa del raquitismo del esternón; siempre estaba royéndose las uñas de sus largos y fuertes dedos, con los que a cada momento se echaba hacia atrás los cabellos de color rojo de cobre. El labrar la tierra le había parecido siempre una ocupación "aburrida e indecente", y por ello de pequeño se fue al monasterio de Kiev, donde creció y de donde fue expulsado por "una culpa". Considerando que el fingirse peregrino u hombre cuidadoso de salvar su alma es cosa antigua, corriente y de poco provecho, decidió desempeñar otro papel: sin quitarse la sotanilla, hacía alarde en todas partes de su ociosidad y de su lujuria; fumaba y bebía enormemente, sin que el vino le embriagase nunca; se burlaba del monasterio y explicaba cuál había sido la causa de su expulsión; acompañando el relato con movimientos y gestos obscenos.

—Claro está —decía a los campesinos, guiñando los ojos—, claro está que por eso me dieron en seguida un puntapié... Entonces pensé: "Me dirigiré a casa, a Rusia. ¡No pereceré aquí!"

Y en realidad no pereció. Rusia, la Rusia inculta acogió a este pecador desvergonzado y cínico con la misma cordialidad con que acogía a los que peregrinaban para salvar sus almas; le daba de comer y beber, le prestaba albergue para pasar la noche y le escuchaba con entusiasmo.

—¿Así es que has jurado no trabajar nunca? —le preguntaban

los campesinos, esperando con los ojos brillantes unas picantes confidencias.

— ¡El diablo me haría trabajar ahora! —contestaba Yuchka—. ¡Estoy muy mimado, amigos! Soy más lúbrico que el mismo macho cabrío del monasterio. Las muchachas (no me apetecen las mujeres, ni aún de balde las quiero) me temen hasta morir de miedo; pero me aman... ¿Y qué? ¡Tampoco yo soy feo, si no soy guapo de cara, soy esbelto de cuerpo!

Presentándose en la casa solariega, entró, como un campesino libre y hombre experimentado, directamente a la antesala. Allí en un banco, estaba sentada Natachka, cantando: "Cuando barría la entrada encontré un terrón de azúcar..." Al ver a Yuchka saltó del asiento sobrecogida de espanto.

— ¿Quién es? —preguntó.

—Un hombre —contestó Yuchka, examinándola de pies a cabeza con una rápida mirada—. ¡Anunciame a tu señora!

—¿Quién es? —preguntó también la señora desde la sala.

Yuchka la tranquilizó al instante, diciéndole que era un monje que regresaba a su casa y no un soldado desertor, como ella habría pensado. Que le suplicaba que le registrase y luego le diera permiso para pasar la noche y descansar un poco. Y con su rectitud impresionó de tal modo a la señora, que ya al día siguiente pudo instalarse en el cuarto de los criados, vacío desde que se marcharon con los señores, e inspirar confianza a las señoras, haciéndose íntimo de todos. Las tormentas seguían, y él, sin cansarse, distraía a las señoras con sus narraciones; inventó tapar con tablas las lumbreras para preservar el techado de los rayos; salía corriendo al portal cuando retumbaban los truenos para demostrar que no eran temibles, y ayudaba a las doncellas a poner el samovar. Las muchachas le miraban con desconfianza, sintiendo sus rápidas y lúbricas miradas; pero reían sus chistes y ocurrencias; y Natachka, a la cual había detenido muchas veces en el oscuro pasillo,

murmurando: "Me he enamorado de ti", no osaba levantar los ojos hacia él. Le daba asco el fuerte olor a tabaco de que estaba impregnada la sotanilla y le inspiraba horror y espanto.

Sabía muy bien lo que tendría que suceder. Ella dormía sola en el pasillo, al lado de la puerta del cuarto de la señorita, y Yuchka le había dicho:

—Iré, iré, aunque me mates. Y si gritas quemaré toda la casa.

Lo que más le quitaba las fuerzas a Natalia era la convicción de que estaba sucediendo algo inevitable, que se acercaba la realización de su horrible sueño, que su destino le mandaba perecer junto con la señorita. Todos se daban cuenta de que durante las noches el mismo demonio se establecía en la casa. Todos comprendían qué era lo que, además de los incendios y las tormentas hacía volverse loca a la señorita, gemir ferozmente y luego con languidez, mientras dormía, y después de saltar de su lecho dando gritos tan espantosos que, en comparación con ellos, los truenos más tremendos parecían no ser nada, vociferaba:

—La serpiente del Paraíso, de Jerusalén, me ahoga...

¿Y quién era esa serpiente sino el demonio, ese macho cabrío gris que viene a visitar durante las noches a las mujeres y a las muchachas? ¿Es posible que haya en el mundo nada más espantoso que sus visitas en las tinieblas, durante las noches lluviosas, cuando el trueno retumba continuamente y los relámpagos iluminan las negras tablas de los iconos? La pasión, la lujuria con que hablaba Natalia aquel bribón de Yuchka no eran humanas. ¿Cómo sería posible resistirle? Sentada durante la noche en el suelo del pasillo sobre su arcón, pensando en la llegada de su hora fatal e inevitable, queriendo ver en la oscuridad, escuchando, con el corazón latiendo, el menor crujido o rozamiento en la casa dormida, notó los primeros ataques de aquella grave enfermedad que tanto le hacía sufrir después; de repente sentía una picazón en la planta del pie, seguida por una convulsión aguda y violenta que le doblaba todos los dedos hacia la planta, y que luego, con frenética voluptuosidad, corría,

retorciéndole las venas, por las piernas y por todo el cuerpo hasta la garganta; en aquel momento sentía impulsos de lanzar un grito aun más furioso y punzante que el grito de la señorita...

Y lo inevitable se cumplió. Yuchka fue, precisamente en una tremenda noche de fines de verano, la víspera del día de san Elías, el arrebatado por el fuego. Esta noche no había truenos, y Natachka no tenía sueño. Al fin se durmió, y de repente despertó como por un empujón; era la hora más avanzada de la noche, y se dio cuenta por su corazón, que latía con frenesí. Saltó al suelo, miró a un extremo del pasillo, luego al otro. El cielo, silencioso, lleno de fuego y de misterio, por todas partes se encendía, palpitaba y deslumbraba por los relámpagos oro y azul pálido. La antesala estaba clara como el día. Corrió y se paró como petrificada; los troncos de abedules que hacía tiempo estaban amontonados en el patio delante de la ventana blanqueaban deslumbrantes, iluminados por los relámpagos. Miró a la sala. Estaba abierta una ventana y se oía el monótono rumor del jardín. Allí estaba más oscuro, y por eso era más vivo el resplandor; fuera de las ventanas todo se sumergía en las tinieblas, y en seguida de nuevo se estremecía, se encendía acá y allá, y todo el jardín aparecía, temblando y destacando sobre el firmamento, ora dorado, ora blanco violáceo, sus cimas airosas, y los fantasmas verde pálido de los abedules.

—En el mar, en el océano, en la isla Buían —murmuró, echándose atrás y sintiendo que se extraviaba su razón con estas palabras de exorcismo y conjuro— se halla un tronco, un gris...

Y apenas pronunció estas tremendas palabras percibió, volviéndose atrás, a Yuchka, que, con los hombros levantados, estaba a dos pasos de ella. Un relámpago iluminó su rostro pálido cor ojeras negras. Saltó sin ruido hacia ella, la cogió rápidamente por la cintura con sus largos brazos, y apretándola, de un golpe la hizo primero, arrodillarse, y después, caer de espaldas sobre el frío suelo de la antesala...

Yuchka vino a ella también la noche siguiente. Vino aún durante muchas noches, y ella, perdiendo el conocimiento de terror

y de asco, se rendía dócilmente a él. Hasta no osaba pensar en oponerse o en pedir socorro a las señoras o a la servidumbre como no osaba oponerse la señorita al demonio, que durante las noches se deleitaba en ella. Como, según decían, no había osado oponerse la misma abuela, mujer bella e imperiosa, a su siervo Tkach, un audaz bribón y ladrón que al fin fue deportado a Siberia...

Finalmente, Yuchka se aburrió de Natalia, se aburrió de Sujodol y desapareció del mismo modo repentino que había aparecido.

Natalia, al cabo de un mes, se sintió madre. En setiembre, el segundo día después de volver los señores de la guerra, se incendió la casa y ardió violentamente durante mucho tiempo; se cumplió también su segundo sueño. Al empezar la noche, bajo un chaparrón de lluvia, se incendió de un rayo, de una bola de oro que, como decía Salachka, saltó de la estufa del cuarto del abuelo y se lanzó, dando brincos, por todas las habitaciones. Natalia, que al ver el humo y las llamas venía corriendo de la caseta del baño, de aquella caseta en la que estaba llorando días y noches enteros, contaba más tarde que había tropezado en el jardín con alguien vestido con un corto caftán encarnado y un alto gorro cosaco con galón de oro; quien fuera corría también a todo correr por los zarzales mojados... ¿Fue aquello una realidad o sólo una alucinación? Natalia no podía asegurarlo. Lo que sí fue cierto es que el horror que le causó esta aparición la libró de su embarazo.

A partir de este otoño se marchitó. Su vida entró en la rutina cotidiana, de la que no salió hasta su muerte. A tía Tonia la llevaron al santo milagroso de Voronieg. Después de esto el demonio no osó acercársele más; se tranquilizó, vivió como vivían los demás y la perturbación de su espíritu y de su alma sólo se hacía visible en el brillo salvaje de sus ojos, en un extremo desaseo, una gran irritabilidad y en la tristeza los días de mal tiempo. Natalia la acompañó en su viaje a Voronieg y también volvió tranquila, con la solución de todo lo que parecía ser insoluble.

¡Qué pavor le causaba antes el solo pensar en encontrarse con

Pedro Petrovich! Cuando se imaginaba esto no podía ni pensar en ello tranquilamente. ¡Luego Yuchka, su deshonra y su perdición! Todo lo que había de extraordinario en esto, la enorme profundidad de su sufrimiento, toda la fatalidad que había en su desgracia —¡no por casualidad había coincidido con el horror del incendio!— y la peregrinación al santo milagroso, le dieron fuerza para mirar con sencillez y serenidad, no sólo a los ojos de los que la rodeaban, sino también a los de Pedro Petrovich: Dios mismo había señalado con su dedo amenazador a la señorita y a ella. ¿Eran ellas las que debían temer a los hombres? Al volver de Voronieg entró en la casa como una novicia, una humilde y sencilla servidora de todos, ligera y pura como el que acaba de tomar la comunión antes de morir. Con valor se acercó a besar la mano de Pedro Petrovich, y su corazón se estremeció, sólo por un instante, de ternura juvenil, cuando con los labios tocó la pequeña y morena mano, que llevaba un anillo.

La vida en Sujodol se hizo monótona; llegaron rumores cada vez más precisos acerca de la liberación de los siervos, que promovieron cierta alarma entre la servidumbre y en la aldea: ¿qué habrá más adelante en el porvenir? ¿No será peor? Es fácil decir que se va a avivir de otra manera. También los señores tendrían que variar de modo de vivir; ellos tampoco habían sabido vivir hasta entonces.

La muerte del abuelo, luego la guerra, el cometa que aterrorizaba a todo el país, después el incendio y los rumores de libertad, todo esto transformó rápidamente las almas y los rostros de los señores, les quitó la juventud, la despreocupación y la ociosidad de antaño, y en cambio les dio profundidad y aburrimiento, les hizo pelear los unos con los otros, empezaron las riñas y disputas y, como decía Natalia, llegaron a comer con los *tatarki* sobre las rodillas.

La ruina les empezó a recordar la urgente necesidad de poner en orden los negocios, completamente destruidos por la campaña de Crimea, el incendio y las deudas. Pero tratándose de la hacienda, los hermanos se estorbaban mutuamente.

Uno era absurdamente avaro, severo y desconfiado; el otro, absurdamente generoso, bueno y confiado. Llegaron con dificultad a un acuerdo, y decidieron emprender un negocio que debía darles grandes beneficios: hipotecaron la propiedad y compraron cerca de trescientos caballos hambrientos, reuniéndolos por todo el distrito con ayuda de un chalán, Elia Samsonov. Pensaban hacer engordar a los caballos durante el invierno y venderlos con ventaja en la primavera; pero los caballos, después de haber comido una cantidad enorme de cebada y paja, se murieron casi todos, uno tras otro, antes de llegar la primavera.

La discordia entre los dos hermanos iba creciendo; alguna vez llegaron hasta empuñar los cuchillos y coger las escopetas... Nadie hubiera podido decir dónde pararía todo esto, si no caería una nueva desgracia en la casa de Sujodol.

En el invierno del cuarto año después de su vuelta de Crimea, Pedro Petrovich se marchó un día a Lunevo, donde tenía su querida. Pasó allí dos días bebiendo constantemente y volvía a casa borracho. Había mucha nieve. Al trineo, cubierto por una alfombra, estaba enganchado un tronco de caballos; Pedro Petrovich mandó desenganchar uno de ellos —joven, de sangre caliente y que se sumergía hasta el vientre en la nieve fangosa— y atarlo detrás del trineo, y él mismo se acostó con la cabeza hacia el caballo. Descendía el crepúsculo nebuloso y gris, y Pedro Petrovich, ya dormida, gritó a Evsei Bodulia, al cual llevaba frecuentemente consigo en vez del cochero Vaska Kosak, temiendo que este le matase a él, pues había irritado con castigos a toda la servidumbre, y le gritó:

—¡Adelante!

Y le dio una patada en la espalda.

El robusto caballo bayo de tiro, mojado y humeando de sudor, les llevó por un camino difícil cubierto de nieve hacia la nebulosa lejanía de los campos solitarios, al encuentro de la cada vez más oscura noche invernal... A medianoche, cuando en Sujodol dormían todos profundamente, alguien golpeó precipitadamente y

con alarma en la ventana de la antesala donde dormía Natalia. Saltó ella del banco y descalza salió al portal. Allí se distinguía confusamente a los caballos, al trineo y a Evsei en pie, con el látigo en la mano.

—¡Desgracia, joven, desgracia...! —balbució Evsei sordamente y con voz extraña, como en sueños—. El caballo ha matado al señor... Tropezó con el trineo, dio un paso en falso y con el casco... aplastó toda la cara. Ha empezado ya a enfriarse. ¡No he sido yo, por Jesucristo, no he sido yo!

Bajando en silencio del portal y enterrando en la nieve los pies descalzos, Natalia se acercó al trineo, se persignó, cayó de rodillas, abrazó la helada y ensangrentada cabeza y se puso a besarla y a gritar con todas sus fuerzas, con una salvaje alegría, sofocándose con los sollozos y las carcajadas.

## CAPITULO X

CUANDO se nos ocurría descansar de la vida ciudadana en la tranquila y pobre soledad de Sujodol, siempre nos contaba Natalia la novela de su vida fracasada. De vez en cuando sus ojos se oscurecían y paraban y su voz era sustituida por un severo y tranquilo murmullo, que nos recordaba a la imagen del santo que colgaba en un rincón del cuarto de los criados de nuestra vieja casa, el santo decapitado que vino a hablar a sus conciudadanos llevando en sus manos la muerta cabeza como testimonio de su narración... Ya iban desapareciendo las escasas huellas materiales que antaño encontrábamos en Sujodol. Nuestros padres y abuelos no nos dejaron ni cartas ni retratos, ni siquiera objetos sencillos de su uso. Y lo que aún quedaba pereció en las llamas.

Durante mucho tiempo estuvo en la antesala un cofre forrado con pedazos de piel de foca endurecida y despellejada, con la que fue revestido hace casi un siglo: el cofre del abuelo, con sus cajoncitos de abedul rebosando manuales sangrientos y con gotas de cera. Más tarde desapareció. Se rompieron y desaparecieron los macizos muebles que había en la sala y el salón. La casa se destruía, se hundía en la tierra cada vez más y más.

Todos los años que pasaron sobre ella desde el tiempo de los últimos hechos aquí relatados eran para ella años de una muerte lenta..., y su pasado se hacía cada vez más leyenda.

Los habitantes de Sujodol vivían en un ambiente apartado y tenebroso, pero complicado, que tenía cierta apariencia de estabilidad y bienestar. A juzgar por la inercia de esta vida, por la invariabilidad con que la seguían los vecinos de Sujodol, se podría pensar que sería eterna; ¡pero estos descendientes de los nómadas de las estepas eran débiles e inertes! Y como bajo la reja del arado arrastrado por el campo desaparecen sin dejar huella los montecillos formados sobre las galerías y cuevas subterráneas de los topes, del mismo modo desaparecieron rápidamente ante nuestros ojos, sin dejar huella, los nidos de Sujodol, y sus habitantes morían, huían y

los que milagrosamente aún quedaban arrastraban sus últimos días padeciendo miseria. Y nosotros ya no encontrábamos ni vida ni bienestar, sino sólo recuerdos y una existencia de sencillez medio salvaje. Y con los años se hacían cada vez más raras nuestras visitas a nuestro país natal, cada vez se nos hacía Sujodol más extraño, cada vez sentíamos que se aflojaban más los lazos que nos ataban a aquella vida y a la casta de la cual proveníamos. Muchos de nuestra casta provienen, como nosotros, de una noble y antigua familia. Nuestros nombres están mencionados en las crónicas; entre nuestros antepasados había *stolniki* y *vaivoda*, hombres ilustres e íntimos compañeros de hazañas y hasta parientes de los zares; y si nos hubiésemos llamado "caballeros", si hubiésemos nacido al Oeste, ¡con qué orgullo hablaríamos de ellos! ¡Durante cuánto tiempo conservaríamos el honor de nuestra familia! ¡No podría decir un descendiente de caballeros que en medio siglo había sido casi borrada de la tierra toda su casta, que entre nosotros ha habido tantos degenerados, locos, suicidas y borrachos, que la casta ha decaído y desaparecido! ¡No podría confesar, como confieso yo, que ni siquiera tenemos la menor idea, no sólo de la vida de nuestros antiguos antepasados, sino de la de nuestros bisabuelos; que cada día se nos hace más difícil el representarnos en la imaginación hasta lo que ocurrió hace medio siglo! El sitio donde se alzaba la casa de Lunevo estaba hace ya mucho tiempo labrado y sembrado, como labrada y sembrada está la tierra en muchos sitios donde antes existían otras casas señoriales.

La casa de Sujodol se conservaba aún; pero después de haber abatido los últimos abedules del jardín, después de vender a trozos casi todo el terreno laborable, su mismo dueño, el hijo de Pedro Petrovich, la abandonó y se marchó de allí para entrar de cobrador en los ferrocarriles. Y penosamente acababan en ella sus días los viejos habitantes de Sujodol: Claudia Markovna, tía Tonia y Natalia.

El verano seguía a la primavera; el otoño, al verano; el invierno, al otoño; ellas habían perdido la cuenta de estos cambios y no tenían sino los recuerdos, sueños, querellas, riñas y zozobras para nutrir la existencia cotidiana.

En el verano, los sitios por donde antaño se extendía anchamente la finca quedaban sumergidos en los centenos de los campesinos. Desde lejos se veía la casa rodeada por aquéllos. Los arbustos que quedaban en el jardín habían crecido de tal modo que las codornices cantaban al lado del miradero.

— ¡Qué hablar del verano! El verano es un paraíso —decían las viejas.

Largos y penosos eran en Sujodol los lluviosos otoños y los nevados inviernos.

La vacía y casi derruida casa era fría y hambrienta, Las borrascas la cubrían de nieve; el helado viento de las estepas penetraba por todas partes y las estufas se encendían muy rara vez. Al anochecer se veía a través de las ventanas la mísera luz de una lámpara de hojalata que iluminaba la habitación de la vieja señora, el único cuarto habitable.

La señora, con gafas, una pelliza corta y calzado de fieltro, hacía calceta, inclinándose bajo la lámpara; Natalia dormitaba echada sobre una estufa baja y apagada, y la señorita, como un *chaman* de Siberia, sentada en su cabaña, fumaba una pipa.

Cuando la tía no estaba enfadada con Claudia Markovna ésta ponía su lámpara en el alféizar de la ventana y no en la mesa, y la tía Tonia permanecía sentada en una extraña y débil media luz, que le llegaba desde la casa al interior de su helada cabaña, atestada con las ruinas de los viejos muebles, colmada de tiestos y vajilla rota y obstruida por los restos del desplomado clavicordio. Estaba tan fría esta cabaña, que a las gallinas, al cuidado de las cuales se dirigían todos los esfuerzos de la tía Tonia, se les helaban las patas por la noche sobre estos tiestos y ruinas.

Ahora la casa de Sujodol está completamente vacía. Murieron todos los mencionados en esta historia, todos los vecinos y todos los compañeros suyos, y a veces pienso: "¿Es que realmente han vivido?" Sólo en los cementerios puede encontrarse la respuesta: se

siente allí hasta una penosa proximidad a los seres amados. Mas para esto es necesario encontrar una tumba querida, sentar se, hacer un esfuerzo y pensar. Da vergüenza decirlo, pero no se puede ocultar: ¡no conocemos las sepulturas del abuelo, de la abuela y de Pedro Petrovich! Sabemos sólo que están cerca de la vieja iglesia de la aldea de Cherkizov, En el invierno es imposible llegar hasta allí; la nieve llega hasta la cintura y de ella sobresalen las puntas y las ramas de desnudos zarzales. Los días de verano paso por la caliente, tranquila y solitaria calle de la aldea y ato el caballo a la verja de la iglesia, por detrás de la cual crecen los abetos como un muro verde oscuro, caliente por el bochorno. Detrás de la abierta cancela, detrás de la iglesia, blanca y con una cúpula enmohecida, aparece todo un bosquecillo de olmos, fresnos y sauces bajos y frondosos; por todas partes sombra y frescura. Durante un gran rato vago por entre los zarzales, montecillos y fosos cubiertos por la fina hierba del cementerio, por entre las piedras sepulcrales, porosas por la lluvia y tapizadas a manchas por negro y menudo musgo... He aquí dos o tres sepulturas con cruces de hierro; pero ¿de quién será? Se han puesto de tal color verde dorado, que ya no es posible leer sus inscripciones. ¿Y bajo qué túmulos están los huesos del abuelo y la abuela? ¡Dios lo sabe! Sólo sé que es por aquí cerca. Y sentado hago esfuerzos para resucitar en la memoria a los Iruschov, olvidados por todos. Y sus tiempos se me aparecen, ora muy próximos, ora como infinitamente lejanos. Entonces digo con alegría: "No es difícil, no es tan difícil recordar; sólo basta acordarse de que esta dorada cruz inclinada que se destaca en el cielo azul de verano es la misma que en sus tiempos... que del mismo modo amarilleaba y maduraba el centeno en los campos solitarios y abrasados, que aquí había también sombra, frescura, zarzales..., y por entre estos zarzales también vagaba y pacía, igual a éste, un viejo rocín blanco de crin pelada y verdosa y con rozados cascos rotos y desgastados."